

Lo que piensan **LAS MUJERES**





LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

Deliciosa comedia, de divertidísimo asunto

Guión de
DONALD OGDEN STEWART

Adaptación de
WALTER REISCH

Director
ERNST LUBITSCH

Producción
UNITED ARTISTS

Presentada por



PRINCIPALES INTERPRETES

**MERLE OBERON
MELWYN DOUGLAS
BURGESS MEREDITH**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll 10 Valencia, 197 10 Barcelona

Lo que piensan las mujeres

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El hombre ha podido vencer con la fuerza de sus manos a las fieras más salvajes; ha construido magníficos monumentos; ha logrado medir la distancia que separa a los planetas; se ha podido conocer a sí mismo en cierta manera. Pero, sin embargo, hay algo que ha resistido a sus más tenaces averiguaciones, algo que desconoce por completo... Y es:
¿Lo que piensan las mujeres!

CAPITULO I

EL HIPO DE LA HERMOSA SEÑORA BAKER

En el tocador de señoras de uno de los más afamados restaurantes neoyorquinos, precisamente a la hora en que se veía más concurrido, por estar próxima y para algunas ya pasada, la cena, tres interesadas y elegantes amigas rodeaban a la hermosa y joven señora Baker, dando grandes muestras tanto de interés como de piedad y conternación.

La señora Baker, Jill para sus amigos, bebió un buche de agua y cierto alivio, indicio de un ansiado bienestar, se reflejó en su semblante, haciendo que su más íntima amiga Margie Stallings exhalara un suspiro de satisfacción.

—¿Cómo te encuentras, Jill? — preguntó Margie.

—Se ha ido—fué la respuesta de Edith.

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

—Viene y se va—puntualizó Jill.

—¡Qué molesto! — contemporizó Peggy.

—Creedme, no tiene importancia — las apaciguó Jill.

—Sin embargo, te pone nerviosa.

—Yo me preocuparía...

Jill demostró, yendo hacia el tocador, que lo único que la preocupaba era su atuendo, al cual atendió sacando un lápiz de labios para borrar las devastaciones causadas por el agua bebida. Siguiéronla sus amigas y se rebocaron las facciones bien con polvos bien con el carmín. Margie fué la única que se distrajo de tan importante operación y exclamó:

—¡El doctor Vengard!... Te lo repito, el doctor Vengard es el hombre indicado.

—No insistas, te lo ruego—suplicó Jill haciendo un mohín de contrariedad—. No me gustan los psicoanálisis.

—Vamos, Jill, es demasiado anticuada tu actitud—desaprobó Edith.

—Yo soy una mujer completamente normal—se enfurruñó Jill.

—Eso es lo que tú te figuras.

—Me atrevo a aconsejarte que

no lo tomes a broma. Debes cuidarte.

Jill no pareció abrumada por el entusiasmo y la fe ilimitada que sus amigas depositaban en las últimas modas de la psiquiatría, e hizo caso omiso de las advertencias. Pero Margie, a la que una verdadera amistad tornaba insistente, dijo:

—En serio, Jill, ve a ver al doctor Vengard. Hizo maravillas con Molly Maclean. ¿Sabes que padecía una claustrofobia tan aguda que no podía subir en un ascensor?... ¿Os imagináis lo que eso significa para una mujer que vive en un ático?

Todas convinieron con el ademán en que debía ser horroroso. Una chispa de esperanza y de ansiedad se encendió en Jill, que preguntó:

—¿Y el doctor Vengard la curó?

—Así debió ser — terminó Margie—. El otro día lei en un periódico que se ha casado con el muchacho del ascensor.

Esta prueba palpable de los milagros obrados por el psicoanalista, en lugar de maravillarlas, las hizo lanzar una carcajada, que duró bastante rato, para terminar en una expresión pensativa aparecida en el rostro de Jill.

* * *

Al día siguiente, Jill Baker se personó en el consultorio del doctor Vengard, hombre alto, elegante y de expresión notablemente presuntuosa a la par que inquisitiva, el cual se levantó de su sillón avanzando hacia su nueva paciente con la cortesía consiguiente en un hombre que atendía a una clientela de mujeres desocupadas y en buena posición económica.

—Soy la señora Baker—se presentó Jill.

—Lo sé. La señora Stallings me ha telefonado. Tome usted asiento, haga el favor.

El doctor hizo lo mismo detrás de su pulida mesa, de uno de cuyos cajones sacó una libreta y aprestó su pluma estilográfica, con aire impersonal y eficiente observado por la joven. Y empezó el siguiente interrogatorio, cuyas contestaciones iba escribiendo:

—Señora... Baker... ¿Cuál es su nombre?

—Jill.

—Jill Baker—escribió el médico.

—Avenida del Parque, 685.

Lo escribió el médico también y disparó la siguiente pregunta, que amanzó un tanto la independencia de Jill, así como el irónico escrutinio a que le sometía:

—Su edad, señora Baker...

—Veintidós—replicó tras de un ligero, pero perceptible titubeo.

—Hable usted al médico, señora Baker—le reprochó Vengard con suavidad.

—Veinticuatro—confesó Jill.

Pero el doctor Vengard no era lerdo, posiblemente debido a que la práctica y el trato le habían enseñado a no serlo... "¿26 años...?", apuntó en la libreta, remarcando bien la interrogante. De esta forma terminó la ficha de Jill, abandonó un tanto su seriedad oficial y dió la vuelta a la mesa, en una de cuyas esquinas se sentó, clavando sus pupilas en las de la joven, la cual rompió el fuego de la siguiente manera:

—Doctor, quiero hablarle con sinceridad. Estoy absolutamente segura de que no me pasa nada.

—Tal vez no pensará igual cuan-

do salga de aquí. Le diré... — se apresuró a añadir al advertir el ligero sobresalto producido por su afirmación—: Muchas personas no saben nada de sí mismas. Nada. Su propia personalidad les es totalmente desconocida. Ahora bien, lo que yo intento hacer es que encuentre usted su "yo" interno. Quiero que se conozca usted a sí misma. ¿No le agradecería conocerse?

—No. No me gusta conocer a nadie.

—Está bien. Cuénteme lo que le pasa — ordenó Vengard, bastante desanimado por la contestación.

—Pues es algo difícil que note usted ahora los síntomas, porque, ¿eh?, viene y se va...

—¡Ah, ya! Viene y se va...—repitió el médico, sin entender nada.

—Sí, es una desgracia, y esto me sucede siempre que voy a ver al doctor. Cuando... cuando yo vengo... se va, y cuando yo me voy, viene.

El doctor Vengard casi sudaba de angustia y de impaciencia. La estrambótica enfermedad de Jill le sumía en desconcierto.

—Señora Baker, sea lo que sea lo que se va y sea lo que sea lo que viene, no debe negarlo, le molesta mucho. De modo que abandone todo preámbulo. Tranquilícese usted

y hable sin desconfianza. ¿Qué es lo que viene y qué es lo que va?

—Hipo.

—¿Hipo?

—Sí; en cuanto me pongo nerviosa o estoy enfadada, me entra hipo. Es muy desagradable y, a veces, resulta muy molesto.

El doctor enarcó las cejas como compadeciéndola. Se levantó del borde de la mesa y sus ojos denotaban que estaba entregado a una fervorosa meditación.

—Naturalmente, es demasiado pronto para establecer un diagnóstico—dijo al fin—. Al parecer sufre usted esos ataques de hipo debido a un estado nervioso. Busquemos la causa que origina dicho estado.

A Jill le pareció inmejorable la proposición y el médico la hizo pasar a una habitación contigua, en donde la sometió a un estrecho interrogatorio sobre la vida pasada, sobre todo en lo concerniente a su infancia. Por último, al cabo de un buen rato, se apartó del diván en que Jill estaba medio echada y contempló la calle a través de la ventana. Luego, el doctor regresó a su lado, con marcada decepción en su postura.

—¡Hum! ¡Hum! No encuentro nada anormal en su niñez. Conviene examinar su vida presente. Es

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

como si la mirásemos a través de una lupa. Examinaremos todos los detalles — anunció sentándose ante ella—. Señora Baker, usted es casada, ¿verdad? ¿A qué edad se casó usted?

—A los veintinueve.

—¿Cuánto tiempo lleva de casada?

—Seis años... ¡Ah!...—balbuceó al percibir la sorpresa de Vengard.

El médico estaba muy satisfecho de su perspicacia, porque, teniendo la suficiente fe en las matemáticas para determinadas operaciones, había descubierto o comprobado que no erró al juzgar la edad de Jill.

—Luego tiene veintisiete años.

—Sí—declaró Jill, muy compungida, y protestó al ver que Vengard se sumía en la abstracción:— Doctor, créame usted, no hay nada extraño en mi matrimonio. Puede recorrer toda la Avenida del Parque y no encontrará otra pareja más feliz.

—Lo siento, pero mi deber es preguntarlo todo, investigarlo todo, aunque sea usted muy feliz. ¿Qué edad tiene su marido?

—Treinta y cinco.

—¿Cuál es su profesión?

—Es vicepresidente de una compañía de seguros. Pero no se preocupe de mi matrimonio—se irritó

al contemplar sus irónicas cabezas de sabelotodo.

—Muy bien. Descanse. Podemos hablar de cosas distintas. ¿Sufre usted dolores de cabeza?... ¿Qué tal de apetito?... ¿Duerme usted bien?

—Con sinceridad, no mucho.

—¿Y su marido duerme bien?

—Muy bien.

—¡Hum! ¡Hum!—rezongó el médico, poniéndose en pie—. Durante esas noches de insomnio, cuando se revuelve inquieta en la cama y mira a su derecha, ¿qué ve usted?

—¿El tocador?

—Y cuando mira a la izquierda, ¿qué ve?

—A mi marido.

—¿Durmiendo?

—Sí... ¿Qué intenta usted hacer? ¿Debo culpar al matrimonio?

—No... debe despertar a su marido. Bien, gracias, nada más por hoy.

Poco después, cuando Jill se ponía la chaquetita y anudaba primorosamente un lazo, aseguró que su marido no tenía nada que ver con el insomnio, sino que ella tenía la culpa, por ser muy sensible a los ruidos.

—¿Su marido acostumbra roncar?—dijo el médico.

—No. Aunque he de confesar que respira muy fuerte... No creo

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

que eso sea nada malo. Después de todo tiene que respirar.

—Sí, eso creo... Bien, señora Baker, me parece que esa buena disposición para el sueño de su marido es lo que la pone nerviosa. Es como si... ¿Ha estado usted a régimen?

—Sí... comiendo sólo verduras.

—¿Y qué sentiría usted si, mientras comía a desgana algunas zanahorias, alguien comiera a su lado un sabroso filete?

—Mi marido... hace dos semanas —recordó Jill, con la boca hecha agua—

—¿Y eso no la ponía a usted nerviosa?

—No... pero, ahora que lo menciono... ahora que lo pienso, sí, es desagradable—aseguró muy molesta—. Los maridos desean que sus esposas conserven la línea, pero por otra parte...

—Yo diría que eso es falta de delicadeza—aseveró el médico.

Pero esto fué dar un paso en falso, porque Jill, sintiéndose respaldada por la autoridad de un hombre inteligente y comprensivo, se puso muy nerviosa... y se desencadenó su hipo...

CAPITULO II

Y YA NO HUBO MAS "KIK"

Si bien, después de varias consultas al doctor Vengard, el hipo, por tanto, los nervios de Jill continuaron haciendo de las suyas, había otra prueba de que el psicoanálisis no le convenía y era el armento moral creciente que cosechaba en cada sesión.

En efecto, el médico, queriendo justificar la corteza de sus diagnósticos, levantaba la liebre, como vulgarmente se dice, de las aprensiones y temores de la joven haciéndola reparar en actos de su esposo de la costumbre había diluido yándole un realce y una importancia tremendos...

Total, que la joven señora empezó a conocer la intranquilidad, el somnío no se mitigó, y de la intranquilidad pasó a la frialdad y a la hostilidad para con su esposo... inocente víctima de sus deseos de proporcionarle cuanto de-

aba.

Una tarde, Margie invadió el do-

micilio de los Baker y encontró a su amiga paseándose muy agitada por el salón, en donde hervía el té en espera de ser consumido. Naturalmente, todo ello hizo que Margie se interesara por la salud de Jill y la eficiencia de Vengard. Este nombre abrió la espita de las lamentaciones de Jill:

—Margie, ¿por qué me hiciste visitar al doctor Vengard?

—¿Has vuelto a verle?

—No, ni volveré. No permitiré que estropee mi felicidad. Larry y yo nos llevamos muy bien.

Mientras tanto, habían tomado asiento y Margie se había servido una taza de té, que dejó de revolver con una cucharilla para afirmar:

—Eso es lo que yo digo.

—¿Es que se habla de nosotros?

—preguntó Jill, encarándose con ella.

—Nadie lo haría delante de mí. Ya saben que somos muy amigas y

que siempre te defiende — replicó Margie, añadiendo inconscientemente leña al fuego de la irritabilidad de Jill.

—Lo sé, Margie...—admitió para preguntar rápida—: ¿Defenderme contra qué?

—Voy a decírtelo—anunció Margie, depositando la taza en la mesita—: Todo el mundo os llama "los felices Bakers"... y es un adjetivo muy ridículo.

—Hay pocos matrimonios que se lleven tan bien como nosotros... ¿Por qué no han de llamarnos "los felices Bakers"?

—Sí, ¿por qué no? Eso es lo que yo digo.

Pero la belicosidad de Jill, que había motivado la contemporizadora contestación de Margie, se esfumó para dar rienda suelta a unas lamentables confesiones, que la joven hizo retorciéndose angustiosamente las manos como una mujer desolada.

—¡Oh, Margie, me siento muy desgraciada desde hace dos semanas!... Pienso en mi matrimonio. Haga lo que haga, piense lo que piense, siempre lo relaciono todo todo con el matrimonio ¡Cómo odio a Vengard!... Aunque si soy franca, he de admitir... que si una mujer mira a su esposo a través de una lupa es lógico que encuentre algo...

cosas de las que antes no se daba cuenta, que ni siquiera había notado...

—¿Por ejemplo? — quiso saber Margie.

—Verás, es una insignificancia pero la otra mañana... Ya sabes cuánto me cuesta dormirte, ¿verdad? Pues, cuando al fin tengo suerte de conciliar el sueño... Inevitablemente, a las ocho y cuarto ¿sabes lo que me despierta? Una gárgaras...

—¿Unas gárgaras?... Sí, esas son los pequeños detalles del matrimonio. Gárgaras como diana y roncados como toque de silencio.

Las dos amigas se contemplaron unos instantes en silencio, desahogada por el aterrador panorama que la observación de Jill había abierto a sus ojos.

—¿Y qué queda entre los dos? — insistió, al fin, Jill con amargura—. A las nueve de la mañana, va, se aparta de mi vida...

—¡Ah, pero, Jill, eso no es verdad! — le cortó su amiga.

Jill se pasó la mano por la frente, horrorizada por lo que había dicho, y más todavía por lo realmente vacua que se le antojaba su existencia.

—Yo ya no sé lo que es verdad ni lo que es mentira. Me hallo en un mar de confusiones. Estoy d

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

concertada. Siempre creí que lo ideal en el matrimonio era conservar la ilusión, que el marido siguiera tratando a la mujer como un novio y renovando sus promesas de cariño cada día. Tu me comprendes.

—Claro que sí.

—No digas nada—suplicó Jill.

Se abrió la puerta de entrada a la casa y penetró Larry, guardándose el llavín en el bolsillo. Era apuesto y simpático, pero parecía estar muy preocupado por unos papales... Se dirigió a la puerta de su despacho, pas percibiendo que en la sala había alguien, se volvió hacia su esposa y hacia su amiga, encaminándose, después, hacia ellas con pausado caminar.

Las saludó cortésmente, pero sin esa especial alegría cuya ausencia lamentaba Jill. Por último, Larry miró a su esposa y la dijo con acento benévolo:

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?—le respondió su esposa.

—Bien. ¿Pasaste bien el día?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—¿Algo nuevo?

—No. ¿Y tú?

—Nada.

—Bueno... hasta luego.

Dichas estas palabras, Larry gi-

ró sobre sus talones y avanzó hacia su despacho, con los ojos ya fijos en los papeles que empuñaba. Cuando se cerró la puerta, Margie lanzó una mirada de reproche a su amiga, que comprendiendo la acusación únicamente logró responder:

—¿Pero qué querías que dijera?

—Desde luego, Jill — contestó Margie, paliando algo su ademán— No había nada nuevo. ¿Qué te había de decir?

Por un momento, al abrirse la puerta del despacho y al sacar la cabeza Larry, creyó Jill que su esposo la iba a hacer quedar en buen lugar y a no esterilizar su defensa. En cuanto habló, el alma se le cayó literalmente a los pies, mientras Margie se esforzaba para no sacudir la cabeza afirmando: "¿no te lo decía yo?"

—¿Van a venir los Cooper a cenar?

—No lo sé todavía, tesoro—replicó Jill, haciendo hincapié en el epíteto—. Te lo diré cuando telefonen.

—Me gustaría saberlo. Porque si vienen tendré que afeitarme.

—De acuerdo, Larry, yo...

No concluyó la frase, ya que Larry cerró la puerta sin prestarle atención. Hubo un nuevo cambio de miradas entre las dos mujeres. Jill

se sentía disgustadísima por aquella escena, especialmente porque había acontecido en presencia de su amiga íntima, la cual, creyéndose con más derechos censores por este título, inmediatamente comentó:

—Yo no quisiera causarte una preocupación, pero la realidad es la realidad. Si vienen el señor y la señora Cooper a cenar... esa espantosa señora Cooper... entonces se afeita.

—Y cuando tiene que cenar a solas con su esposa no se afeita — agregó Jill, notando que era profundamente desgraciada.

—Y si hay alguien que necesite afeitarse es la señora Cooper—determinó Margie.

—Yo estuve tres horas y media en un salón de belleza, pero no me acuerdo que se afeite.

Supuso Margie que comenzaba a estar de más, ya que ningún consulto podía prestar a su amiga, puesto que compartían el mismo fatalismo sobre el matrimonio en general y aquél en particular. Y se dispuso a marcharse.

—Eso es lo malo, en el noventa y cinco por ciento de los matrimonios... los maridos no se afeitan.

—¿No se dan cuenta de que la barba sigue creciendo todo el día? —quiso saber Jill—: ¡Hip!... ¡Hip!

El hipo había vuelto y cada so-

bresalto de su diafragma servía una vez estuvo a solas, para que decidiera tomar una determinación y acabar aquella situación ignominiosa. Ya que no con la muerte en el alma, con una especie de atonía general, entró en el despacho de Larry, que estaba enfrascado en el estudio de unos papeles y le espetó de buenas a primeras:

—Ya ha vuelto.

—Bien. ¿Tuvo buen viaje?—dijo distraído y con una sonrisa desvalida.

—¿Quién?—se extrañó Jill que se refería a su dolencia como es natural.

—Evana. A propósito, ahora recuerdo que me prometió verme en cuanto regresara. Supongo que los del Continental querrán renovar el seguro.

—Evana continúa en Bermuda—dijo Jill con sequedad—. El hipo es el que ha vuelto.

La equivocación suscitó la hilaridad de Larry, que soltó los documentos y se llegó a ella sin dejar de reír.

—Te has burlado de mí, ¿eh? Eres muy graciosa... ¡Kiki!

Y su dedo índice dió un ligero pero enérgico golpecito, en el estómago de Jill, que aceptó el ademán con la resignación de un mártir. Larry volvió a sus papeles de mo-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

sus papeles. La severidad de Jill se trocó en gelidez.

—¡Larry!—gritó—. ¿Por qué me haces eso?... ¡Kik!

Su minúsculo dedo chocó contra los botones del chaleco de su marido. Larry, por primera vez desde la entrevista, percatóse de que había algo extraño, tanto más cuanto aquella pregunta le llenó de confusión.

—Pues... siempre lo hago.

Jill tornó más severo aún su rostro y su acento. El desconcierto de Larry iba en aumento, mientras las pupilas de su esposa se hincaban acusadoras en él.

—¿Por qué?—insistió Jill.

—No sé... como tantas otras cosas...—le contestó con una sonrisa errática de estupor en los labios.

—Pero, cuando lo haces, ¿qué quieres decir? ¿Tiene algún significado especial?

—No...

—No. Es una costumbre, ¿verdad?

—Sí, podríamos llamarlo así.

—Es como si te tocaras la cabeza o acariciaras a un gato. ¿Se lo harías a otra mujer?

—Pues no sé. Nunca lo intenté.

—Pero me lo haces a mí.

Aquella insistencia había turbado totalmente a Larry, que ya barruntaba que todo aquello ocultaba cierta hostilidad. Hostilidad acaso al gesto. O una simple necesidad de saber...

—Es que tú eres mi mujer...

—Y eso te da derecho a pegarme en el estómago cada vez que se te antoja—gritó Jill fuera de sus casillas, sin comprender que aquél era una de las cosas cuya ausencia lamentaba.

—Nenita... ¿no te encuentras bien?—se sorprendió Larry.

—¡Sí!—dijo ella, abriendo la puerta—. Larry, te ruego que no me hagas "kik" nunca más.

Y ya no hubo más "kik".

CAPITULO III

UN GENIO INCOMPRENDIDO

Ahora bien, si el corte absoluto del "lik" semejé enfriar las relaciones de los Baker, en cambio no sirvió de lenitivo o de aminoración del terrible insomnio sufrido por Jill. Los días pasaron casi tan largos como las noches en vela, mientras Larry dormía a pierna suelta.

Cierta noche, tuvo lugar un suceso que exasperó a la joven. Después de estar paseando por el dormitorio, lanzando envidiosas miradas a Larry, hastiada por el lento transcurrir de las horas, se tumbó en su cama y fijándose en el pequeño pequinés que dormía en una canastilla cercana a su tocador, ocurriósele a Jill lanzar un ladrido que despertase a Larry y diese pie a una reparadora conversación.

Imitó, pues, el ladrido. Larry se agitó perezosamente bajo las sábanas, se levantó con los ojos cerrados, cogiendo al pequinés por el pescuezo y enviándolo a la solitaria e incómoda región del salón. Lue-

go se metió en la cama y reanudó su sueño.

Jill posó una mano en su hombro y le sacudió hasta que abrió los ojos y confesó:

—No ha sido el perro. He sido yo.

Larry no abrió la boca y se emborizó con las sábanas. El pequinés, que empezaba a notar los efectos de su injustificado destierro, entre los que se contaban la dureza de la alfombra y el frío, rompió a ladrar con todas sus fuerzas.

—¡Chist!—suplicó Larry.

¡Y la orden se refería, no había duda, a su esposa, porque la miraba soñoliento!

Todo esto causó que Jill comparciera en el consultorio del doctor Vengard. La enfermera le suplicó que aguardara un poco, ya que el médico se encontraba ausente, y la hizo pasar a una salita.

Jill no era la única ocupante de la misma, como comprobó simulan-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

do hojear una revista. Su compañero de espera era un joven bastante despeinado, de mediana estatura, y de expresión atormentada que, unida a su descuido en el vestir, le daba una pintoresca apariencia. A poco de comparecer Jill, abandonó el sillón en que estaba sentado y se acercó a la ventana, contemplando la calle.

—¡Feos! ¡Feos!—aulló acercándose a la alarmada Jill—. ¿Verdad que son feos?

—¿Quiénes?—preguntó sorprendida.

—La gente. ¿Hay algo más feo que un rostro humano? ¡Puu!

Jill no respondió por la sencilla razón de que estaba bastante asustada. El joven se sentó en un sillón con las manos en los bolsillos, estirando las piernas y Jill atendió a la revista... sólo por unos instantes, porque el desconocido se levantó y se le aproximó, preguntando:

—¿Le molesta que fume?

—No, señor.

—¿Fuma usted?

—Sí.

—No tendrá usted un cigarrillo, ¿eh?

Jill abrió su bolso y le ofreció una pitillera, de la que el joven sacó un cigarrillo, que estudió con aire de decepción y hastío.

—¿No los tiene sin emboquillar?—preguntó.

—Lo siento, no, señor—contestó Jill.

—Lo siento—se lamentó el joven, devolviéndole el cigarrillo—.
¡Feos!

Ocupó de nuevo su asiento. Minutos más tarde interrumpía la lectura de Jill, que estaba enteramente desazonada y no sabía si darse a la fuga, para decir con superioridad:

—He cambiado de idea, fumaré uno de esos...—Y así que lo hubo encendido, preguntó desde su asiento: ¿Ha visitado usted ya a este doctor?

—Sí.

—¿Cobra muy caro?

—No lo sé. No lo he preguntado.

—Claro... No lo necesitaré—gruñó con despecho.

La lengua se le pegó en el paladar a Jill. Por fortuna, la enfermera entró, diciendo que el doctor tardaría aún media hora larga en regresar. Por fortuna o por desgracia, porque así que la enfermera hubo desaparecido el joven, sin sacar las manos de los bolsillos, se puso ante ella acomodándose en el filo de la mesita.

—¡Otra media hora! —masculló—. ¡Bien! Hay dos soluciones: podemos leer un periódico o pode-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

mos hablar. Hace un día hermoso, en cuenta que no soy el doctor Vengard.

—Sí, convino Jill, haciendo un esfuerzo. La respuesta pareció contentarle y se serenó.

—Ese tema se agota en seguida. Dejémoslo. ¿Le molesto a usted? —Sí... y a usted, ¿qué le pasa?

—No no, al contrario... —Nada.

—Permítame que le advierta; yo se viene a ver a un psicoanalista si no se padece nada. ¿Qué le pasa? El acento, el tono autoritario y aquella intromisión del desconocido molestaron a Jill, que abrió la revista y le advirtió:

—Será mejor leer el periódico.

—Bueno — convino sin contrar-

clarse. Dió la vuelta a la mesita y se dirigió el desconocido a una pequeña librería que estaba al pie de la venta. Abrió una revista al azar e hizo pasar rápidamente las páginas con un pliegue de desprecio en la comisura de la boca. De repente, se detuvo ante una imagen y exclamó:

—¡Ah!... ¡¡Feos!!... — y se encará con Jill, diciendo: Siento molestarla otra vez, pero... ¿qué se tiene que hacer para ser feliz?

Jill le miró de hito en hito y le respondió con gravedad, proporcional a la molestia y la atracción que experimentaba por aquel joven:

—Creo que el doctor Vengard podrá saberlo mucho mejor que yo.

Jill empezó a sentirse aliviada. Aquel hombre estaba loco o era un gran farsante. Aunque bien pudiera ser que estuviera amargado por algo o alguien. Jill se echó a reír:

—Resulta divertido.

El desconocido se situó ante ella y se inclinó estremecido por una ira que relampagueaba en sus ojos.

—¡Ah!... ¿La divierte a usted? Soy un clown, ¿eh? Un payaso...

—No, no, yo no he dicho eso—, se apresuró a apaciguarlo.

—Déjelo, no se disculpe. ¿Ese Vengard es un buen doctor?

—Estoy segura de que le curará a usted—dijo Jill por decir algo.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué me encuentra?—opuso el joven.

—En realidad no lo sé. Tenga

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

—¿Mejor que usted..., señora Baker? —fué su sorprendente respuesta.

Le pasó la revista abierta por la página que había atraído su atención. Jill vió una fotografía suya y de Larry, con una leyenda inscrita en ella que rezaba: "El feliz matrimonio Baker". Se mordió los labios. Aquel individuo era un impertinente.

—¡Ah... ese artículo!

Le devolvió la revista, que fué a parar contra la mesa al ser lanzada por el individuo.

—Si le digo, señora Baker, que es la primera vez en mi vida que veo a una persona verdaderamente feliz... —comenzó con el ceño fruncido.

—Y eso parece disgustarle a usted.

—No, no, incita mi curiosidad— protestó apoyando los codos en las rodillas—. Siempre me he preguntado qué tal será sentirse feliz veinticuatro horas al día. Debe ser maravilloso.

—Cuestión de costumbre.

—¡Ah! La despierta por la mañana el alegre gorjeo de un pajarillo. Poco antes del desayuno, el señor Baker y usted danzan un minué. Luego comienza un desayuno feliz. Usted es muy feliz. El señor Baker es feliz. Todo el mundo

es feliz. Hasta la gallina que puso los huevos para el desayuno es feliz también.

Lo dijo con un tono impersonal que aumentaba la potencia de la censura, reforzada por el extraño hecho de que nunca sonreía. Jill se levantó airada por aquella intromisión de un desconocido en sus asuntos íntimos y mucho más azuzada por el manifiesto reproche.

—Oiga, señor, parece que mi presencia le contraría, de modo que me iré.

—Lo siento, señora Baker. Pero si esto la molesta, seré yo quien se vaya.

—No, no. Parece que usted necesita el médico más que yo.

Pero el joven no le hizo caso. Recogió su sombrero de sobre un mueble y miró con cierta tristera a Jill, que estaba tan perpleja como es de suponer. Y dijo al fin:

—¿Está segura, señora Baker? Es un caso muy interesante. Los dos hemos venido por la misma razón: la felicidad. Uno no tiene suficiente, la otra tiene demasiada. ¿Quién necesita más al doctor? Es interesante, ¿verdad?

Jill era demasiado mujer para no sentirse atraída por el amparo manifestado por el desconocido, que era, por otra parte, la persona más sorprendente que en su vida cono-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

ciera además de la más divertida. No obstante, con un vestigio de orgullo, replicó:

—Quizá. Pero no quiero hablar de ello.

—Lo comprendo, señora Baker. Bien, me alegro mucho de haberla conocido. Y sentiría haberla ofendido... Adiós, señora Baker.

El joven, con andar decidido, se encaminó hacia la salida. Pero se detuvo ante un cuadro que representaba un enorme olmo en un declive, con algunas figuras al pie de él. Lo observó unos segundos y después exhaló con desprecio:

—¡Puf! — y prosiguió su camino.

—Espere un momento—rogó Jill interesada por la exclamación—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro que sí. ¿Qué?

—¿Qué le encuentra a ese cuadro?

—¿Le interesa saberlo?

—Sí.

—Pues, siéntese—dijo el desconocido haciéndolo a su vez—. El artista no vió en ese árbol más que lo que vió la cámara al fotografíar a la "feliz señora Baker". Sólo la superficie. Y el arte cala más hondo. Si yo fuese pintor y quisiera pintarla a usted, no sé cómo resultaría el retrato... pero ciertamente

no sería como una fotografía. ¿Comprende lo que digo?

Hacia tiempo que nadie había hablado así a Jill. El que la encontraran, como las heroínas de novelas, profunda, con algo más de lo que aparentaba, era superior a su curiosidad y la halagaba enormemente, ya que toda mujer espera ser una esfinge o, si no, que digan que lo es. Por consiguiente, afirmó, ofreciéndole la pitillera:

—Sí... sí, en cierto modo.

El desconocido la aleccionó durante media hora mediante una conferencia sobre arte moderno, surrealismo, dadaísmo, etc. Jill, que hacía tiempo que no se divertía tanto, pasada esa media hora, se encontró en una exposición de pintores de vanguardia, escuchando atentamente las explicaciones de su acompañante, el cual parecía ser conocido por todo el mundo.

—A propósito. Me llamo Sebastián, Alejandro Sebastián—anunció con soberbia, y notando que el nombre no le impresionaba, preguntó...: ¿Le dice a usted algo ese nombre? Sea usted franca.

—Pues, con sinceridad, no.

—Está bien, está bien — aceptó irritado—. Es natural. Sigamos viendo los cuadros.

Los dos jóvenes se pararon ante una pintura inverosímil, en la que

se veían hasta tres huecos montados uno sobre el otro, frente a los cuales había un embudo enviando líneas a los cuatro puntos cardinales. Jill consultó el bonito catálogo. "Aquello" se titulaba: "Niño con una trompeta". Sebastián se movió con soltura delante del lienzo y determinó:

—No suena...

—Ya me lo temía—comentó Jill.

—El artista sigue sin encontrarse a sí mismo.

—¿Y cuando se encuentre a sí mismo, qué hará?—quiso saber Jill.

—El niño está bien... pero le ha salido muy mal la trompeta.

Pasaron a otro cuadro, un retrato de mujer víctima, sin duda, del beriberi en sus últimos grados, pintado por un sujeto epiléptico. Era algo espantoso, pero, sin embargo, comprensible.

—Eso no es real—determinó Sebastián.

—Claro, ya se ve. ¡Feel—adjetivó Jill al retrato.

—Ese está mejor — anunció Sebastián estudiando otro lienzo.

Aunque sea arduo de explicar, era una especie de nube con un pedestal en el centro, unas líneas a un lado, un pentagrama con unas notas debajo y, finalmente, algo así como un piano de goma blanda pisoteado por un millón de pies. Y

un reloj que marcaba las doce y cuarto.

—¿Quién lo pintó?—se asombró Jill.

—Una mujer. Ningún hombre podría ser tan malicioso.

—Veintiséis. — consultó Jill al catálogo—. Helen Strower. Retrato de Alejandro Sebastián.

Sus admirados ojos contemplaron cómo Sebastián hacía un gesto trágico, decisivo, aun cuando se adivinaba que estaba muy satisfecho de aquello que tenían delante.

—De nada sirve negarlo, soy yo. Esa mujer no me retrató, me hizo la autopsia. Me vió—finalizó, dejándose caer en un diván, a donde se fué a buscar la intrigada Jill.

—Con franqueza esto creo que es un rompecabezas — le anunció, cuando pudo obligarle a que la siguiera.

—¡Rompecabezas!... Eso es. Bien. Yo fui para ella un rompecabezas, pero ella no lo era para mí. Y eso fué su venganza. La primera vez que me vi en ese retrato, me sobresalté.

—Lo encuentro muy lógico. — confirmó Jill y señaló al pentagrama—. ¿Qué significan estas notas?

—Yo soy músico... pianista.

—¡Ah, pianista! — exclamó con curiosidad, que aminoraba su di-

versión—. ¿Y este pedestal de aquí?

—Pues eso... indica la celebridad.

—Dígame, ¿por qué no puso su estatua aquí? ¿Hay alguna razón?

—La hay. ¿Ve usted esa línea de ahí? Esa es mi desgracia. Esa es la línea que me envía al doctor Vengard—declamó como aniquilado—. Hoy existe una causa que me imposibilita, artísticamente. Bebamos algo.

Sin duda para consolarse, se levantó con intención de ir hacia el bar. Pero Jill lo detuvo por la manga de la chaqueta y le preguntó qué significaba el reloj. Sebastián se desplomó en el diván y se cogió la cabeza entre las manos, entre pesados, dramático y misterioso.

—¡Ese no debía estar ahí!

Jill se sentó junto a él con una gran avidez de saber. Estaba cerca, peligrosamente fascinada por aquella protesta y aquel vestigio de rubor.

—¿Por qué?

—Pues... es un asunto personal. —Y mientras Jill miraba intrigada el "retrato", agregó—: ¿Se arrepiente de haber venido?

—¡Oh, no, no, al contrario! —afirmó Jill—. Todo esto es fascinador. Es un mundo nuevo... Apenas si puedo darme cuenta...

—Si quiere saber alguna cosa de mí, pregúntemela—se ofreció Sebastián.

—Ese... ese reloj marca las doce y cuarto. ¿Señala esa hora por casualidad o significa algo?

Sebastián, aunque halagado, fingió rebullir molesto en el diván, cortando aquel tema, espinoso al parecer, con un movimiento de su diestra.

—Significa mucho. Pero ya hemos hablado bastante de mí. Hablemos de otra cosa.

Jill, cohibida por su imperio, buscó apresuradamente otro motivo de conversación.

—¿Cuándo será su próximo concierto?

—Sí, ¿cuándo?... Cuando pueda sobreponerme... a esa línea.

—¿A su imposibilidad artística?

—Sí. Es que cuando toco en un... —empezó a aclarar.

—Dígame, ¿esas doce y cuarto... son del mediodía?—le interrumpió Jill.

—Medianoche.

—¿Una noche determinada?

—¡Hum, hum! —gruñó afirmativamente.

Jill se echó a reír con malicia, que soportó Sebastián con complacencia y, como no quería hablar de sí mismo, según decía, reanudó la declaración de sus males:

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

—Volviendo a mi imposibilidad.
Cuando toco en un salón...

—Perdone usted. ¿Era verano o era una noche de invierno?

—Nunca miro el calendario.

—¿Nunca?

—Nunca—insistió definitivo.

Lo cual promovió otra carcajada maliciosa de Jill y, como anteriormente, esta explosión de hilaridad consoló lo suficiente a Sebastián para que dijera:

—Proaigo. Cuando toco en un salón, para una persona, para una sola persona... seré franco con usted... entonces creo que soy el pianista más grande del mundo. Pero cuando toco en una sala de conciertos, frente a un auditorio...

¡no! Algo me falla... tantas caras mirándome. ¿Qué derecho tienen esos a escucharme? ¿Sólo porque porque han pagado dos dólares... o tal vez dos cincuenta?... ¿Y por qué la aburro a usted con todo esto?—concluyó, enarcando las cejas, hablando en apariencia para sí mismo.

—Me gusta oírle—contestó sonriente Jill—. Es usted encantador. Es usted un rompecabezas, señor Alejandro Sebastián.

—Y no intente resolverme, feliz señora Baker. Vamos.

Y aquella vez, Jill no se opuso a salir y tampoco a que la cogiera protectoramente del brazo aquel Júpiter de la incomprensión del arte moderno.

CAPITULO V

EGESZSEGERE Y SONATAS

Transcurrida una semana, llegó el fausto día en que el goulasch efundía sabrosos aromas en la cocina y en que el mayordomo, ayudado por una doncella, iba colocando una tarjeta, en donde había inscrito un exótico nombre, ante cada cubierto, con el auxilio, necesario es confesarlo, de un plano.

—¿Jones?... — preguntó sorprendida la doncella, tras de la retahíla de poco eufónicos nombres—. ¿Qué hace un "extranjero" aquí, en esta fiesta?

—Es el abogado del señor Baker—declaró el imponente mayordomo.

—¡Ah! ¿De modo que hay que recurrir a un abogado para tratar con los húngaros?

Esta poco diplomática suposición fué interrumpida por el timbre del piso. La doncella franqueó la entrada a Larry, que olfateó el aire con satisfactoria apreciación.

—¿Qué tal va ese goulasch?

—Bien, señor Baker — dijo la doncella.

—¿Ha llegado un paquete para mí?

Al recibir una contestación negativa, Larry cruzó el salón y penetró en la alcoba conyugal, sin percatarse de que Sebastián estaba sentado en un sofá, con los brazos cruzados, gesto reprobatorio, y con la decisión de eternidad de un monumento célebre.

Larry besó a Jill, que se arreglaba sentada ante el tocador, y la hizo sus habituales y lacónicas preguntas, de muy buen humor. Jill también lo estaba. Y ambos se congratularon de la buena disposición. Larry se quitó la chaqueta y se le acercó, diciendo:

—¿Preparada para la gran cena?

—Preparada.

Larry se soltó los tirantes y acometido por una súbita idea dejó de desnudarse y exclamó:

—¿Te acuerdas de aquella palabra?

—¡Egeasssegere! — contestó Jill en el más puro acento húngaro.

—Egeasssegere. Eso es. ¡Bien! — aabó complacido.

La doncella llamó a la puerta con los nudillos y Larry la entreabrió, sacando la cabeza.

—Llegó un paquete. Alberto no me lo había dicho.

Larry lo tomó y se dirigió hacia la radiogramola desempaquetándolo. Resultó ser un disco, que poco después esparcía las melancólicas notas de una danza húngara, escuchadas por Larry con evidente deleite.

Sebastián había contemplado imposible las idas y venidas y con manifiesta desaprobación el aspecto ofrecido por Larry, en mangas de camisa y con los tirantes balanceándose tras de sus espaldas. Al oír la melodiosa música, no pudo contenerse, su ceño se frunció y exhaló un:

—¡Puaf!

Larry detuvo al punto la gramola y se encaró con él con el continente turbado del hombre elegante que ha sido descubierto en descuido propio de la vida íntima.

—Yo soy el señor Baker. ¿Puedo preguntarle qué hace usted aquí?

—Espero—contestó estoicamente Sebastián.

—¡Ah, espera usted!

—Dígame, ¿a qué hora cenamos?

—¿Cenar?

—Creo que me han invitado para eso—dijo Sebastián con a'tívez.

El cerebro de Larry había comenzado a coordinar con normalidad. La palabra "cena" y la tremenda seguridad del desconocido le indujeron a estimar que había estado cometiendo un imperdonable error. Con una tímida sonrisa, enviada a Sebastián, se apresuró a recogerse los tirantes, tarea por demás dificultosa, porque la prenda parecía dotada de vida individual, mientras balbuceaba:

—¡Ah!... ¡Lo siento! Dígame... ¿es usted de Colchones Universales o de Mobiliarios Unidos?

—No soy de nadie—exclamó Sebastián con orgullosa independencia y enviándole una mirada compasiva.

—¡Ah! Actúa usted con los dos, ¿eh? No es mala idea. Oiga, ¿cuál es su opinión acerca del señor Kafka?

—Indiferente — aseguró el pianista con veracidad.

—Yo creo que nadie puede engañarle nunca — anunció Larry con turbada humildad—. Es muy inteligente. Es una gran jugada, esa

combinación que ha hecho. Se traducirá en grandes negocios.

Sebastián, además de genio incomprendido, era impaciente y holgazán, lo cual obstaba para que aquella conversación se prolongase. De repente, se levantó de un salto y se encaró agresivo con Larry, que estaba estupefacto:

—Oiga, usted querrá que la noche me resulte agradable. ¿no?

—Sí, ¡claro! ¡Naturalmente!—se sobresaltó Larry, domado por su energía.

—Está bien. Venga usted—ordenó Sebastián asiendo del brazo—. Este jarrón me irrita mucho. Es feo. Quitémoslo de aquí.

Se refería a un jarrón de porcelana de adornos muy recargados. Sebastián lo metió en los cajones de la mesita que lo soportaba y exhaló un suspiro de conciencia satisfecha. Larry se encogió de hombros y dijo:

—Claro, como quiera. El cliente siempre tiene razón. ¿Hay algo más que quisiera usted cambiar?

—Mucho.

Larry carapitó y se obligó a sonreír, recurriendo a la diplomacia:

—Creo que pasaremos una noche muy divertida. Le diré a usted un secreto. Tenemos goulash.

—Yo quiero un par de huevos fritos—comunicó Sebastián.

—Era sólo una sugerencia—
¡Hum! ¿Quiere usted perdonarme? Tengo que vestirme. Continúe. Considérese usted en su casa.

Larry, al que no le faltaba el sentido del humor, así que hubo cerrado la puerta de la alcoba se echó a reír y, después, sacudiendo la cabeza, comunicó a Jill, que se había vuelto para averiguar la causa de su hilaridad:

—Estos húngaros son muy graciosos.

—¿Han llegado ya?

—Uno de ellos—Larry dejó de desabrocharse la camisa—. Oye, ¿nos vestimos de etiqueta?

—¿Por qué?—se extrañó Jill.

—El no se ha vestido.

Mientras Larry arrojaba su camisa sobre la cama, Jill comprendió la equivocación de su marido y tornó a contemplarse en el espejo:

—¡Ah!... Erc es el señor Sebastián.

—¿Sebastián?... ¿Con quién está?

—¿Con...? ¡Está en contra! Contra todo. Es un individualista.

Larry moduló un síbido de asombro.

—¿Tan rico es?

—No le importa lo más mínimo el dinero.

—¿Cómo lo sabes?

Jill abandonó la borla de los pol-

vos para mirarle y exclamar que-jumbrosa:

—Cariño, es Sebastián. Alejandro Sebastián. Te lo dije el otro día. Pero eso es lo malo... Nunca escuchas lo que te digo. No prestas atención.

Larry, consternado por la razón que la asistía, la acarició un hombre y profirió:

—¡Ah, ya me acuerdo ahora! El pianista, ¿verdad?

—No es un pianista vulgar—objetó Jill ofendida—. Es un gran artista. Y muy pronto gozará de fama mundial. Algún día podrás asegurar sus manos por algunos cientos de miles de dólares.

—Oye, querida, doy esta fiesta especialmente en honor de esos húngaros y...—se interrumpió—. ¿Puede pagar un buen seguro?

—Creo que no y no me importa.

—En algunas ocasiones no te comprendo—la reprochó—. Tenemos en casa esta noche la posibilidad de asegurar quinientos mil dólares. Me he tomado todas estas molestias para preparar una fiesta húngara para el Presidente de Colchones Unidos... Se te ocurre invitar a ese pianista. Debías pensar mejor las cosas. Músicos y colchones no van de acuerdo.

Ahora le tocó a Jill la ocasión de molestarse y protestó, haciéndole

pararse en la puerta del cuarto de baño:

—Oye, Larry, hace más de seis años que no vivo más que para los seguros y ya empiezo a estar cansada. ¿No podría pasar una noche para mí sola con Rimsky Korsakof y Stravinsky?

Larry bufó su desprecio, introduciéndose en el cuarto de baño como un ciclón no sin antes repetir con amargura:

—¡Rimsky Korsakof! ¡Stravinsky!... ¿Cuántos más van a venir? ¿Por qué no has invitado a toda la Filarmónica?... ¿O has traído alguna orquesta con animadores?

Jill era demasiado correcta para expresar el desencanto que la producía la falta de cultura musical de su esposo, así como su egotismo, de otra manera que con la voz. Y le gritó para hacerse oír desde el interior del cuarto de baño:

—¡Oh!... Está bien, está bien. No hablemos más de ello. Si no quieres que toque, no tocará.

Estas palabras hicieron brotar a Larry del cuarto de baño como empujado por un resorte. Ya apaciguado, y conmovido por la atención de su esposa, se acercó a ella amablemente y le besó la frente entusiasmado:

—¿Tocar? Oye, esa no es una

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

mala idea. Puedo que dé más realce a la fiesta, ¿verdad?

—Si el señor Sebastián accede a tocar, que lo dudo mucho... Pero, en el caso de que acceda, no será musiquilla húngara.

—¿Qué va a tocar?

—Algo que te costaría dos dólares y medio poder oírlo.

—Es decir... ¿música de concierto?—y gritó—: No. ¡En mi casa no! ¡Y menos esta noche!

Con la piel de gallina, recogió su bata y la camisa de encima de la cama y se dispuso a regresar al cuarto de baño. Mas algo brillante, abigarrado e incomprensible atrajo su atención. Era el flamante retrato de Alejandro Sebastián, el del reloj, la columna y la línea de la desgracia.

Lo tomó en su mano, más bien horrorizado, y lo contempló estupefacto durante unos instantes, mientras su buen sentido se rebelaba a entender aquel galimatías. Sólo pudo tartamudear, poniéndolo delante de su esposa:

—¿Qué es esto?

—¡Ah! Eso es... la reproducción de un cuadro que vi en una exposición de arte.

—¿Y te gusta eso?

—Mucho.

—Pero, ¿qué significa? Anda, no me intrigues. Dime, ¿qué es esto?

—Es un retrato—respondió Jill con aplomo.

Tanta fué su seguridad, que Larry tornó a estudiar aquel hacinamiento sin sacar nada en claro y menos que fuera un retrato como Jill confesaba con harto optimismo. Por consiguiente, insistió:

—¿Cómo un retrato? ¿De qué?

—De un hombre.

La paciencia de Larry llegó a su término. El cambio de su mujer le irritaba. Arrojó la copia en dirección de la cama y dignamente se encaminó al cuarto de baño, en cuyo umbral se detuvo protestando:

—Oye. Yo soy un pobre ignorante de seguros y no sé nada de Stravinsky; pero estamos casados hace seis años y creo haber sido un buen marido, de modo que si te hago una pregunta debes tener la amabilidad de contestarme... ¡Y sin burlarte de mí!

Cerró la puerta de golpe y pasaron unos segundos, tras de los que volvió a aparecer Larry, quien, como una exhalación, fué a la mesita de noche de Jill, cogió un retrato de sí mismo y se lo presentó a su esposa, gritando:

—¿Sabes lo que es esto?... ¡¡El Gran Cañón!!

Y muy solemnemente, con la seguridad de haberse vengado de la burla, desapareció.

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

Los huéspedes húngaros estaban encantados de la amabilidad y de la cordialidad de los Baker. Pasaron al comedor, desahaciéndose en elogios, que Sebastián escuchaba escéptico, respecto al arreglo de la mesa, la disposición y calidad de los muebles.

En resumidas cuentas, que estaban de muy buen humor y completamente maleables para que las negociaciones de Larry llegasen a buen término. Jill señaló a cada cual su puesto, en tanto que Larry y su abogado remachaban:

—Y por ello, señor Kafka, la nuestra es la única compañía que le interesa.

—Me parece muy razonable — aseguró Kafka, hombre corpulento y seguramente de gran apetito, ya que dijo—: Hablaremos después de cenar.

Larry dejó a su presunto cliente acercando la silla a Jill, la cual únicamente tenía ojos para Sebastián, de quien estaba separada por la inmensa humanidad del negociante en colchones. Sebastián escrutaba

con olímpico desdén todas aquellas maniobras y este desprecio se prolongó durante la cena. Jill le atendía sin hacer caso a Kafka.

—Es decir, ni siquiera Lohengrin...

—Lohengrin menos que otra cosa—atajó el pianista, con las manos en los bolsillos y sin mirarla—: Tocaré algo de Wagner. Todo, excepto un pasaje de Tristán. Es muy bueno, pero nunca lo habrá oído usted tocar bien.

—Puede que algún día se lo oiga tocar a usted tal como debe ser—contestó Jill con entera ingenuidad.

La conversación siguió tan profunda e interesante como hasta entonces, impidiendo que Jill advirtiera los gestos y muecas de Larry, que, al fin, excusándose a la señora Kafka, dió la vuelta a la mesa y murmuró unas palabras en el oído de Jill. Después regresó a su asiento y se mantuvo a la expectativa:

Jill levantó su copa y se la acercó a sus labios, exclamando:

—Egeazsegere!

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

Todos repitieron la palabra sacramental con el rostro irradiando alegría y cambiando comentarios en húngaro. La señora Kafka lanzó una enternecida mirada a Jill.

—¡Egesssegete!... ¿Verdad que lo ha pronunciado bien?

—Agradecidísimo, señora Baker—agregó Kafka—. Ha hecho que nos sintiéramos en nuestro hogar. Esto es verdadera hospitalidad, señor Baker.

—No sabía que supiera eso. ¿De dónde lo habrá sacado? ¿Qué es lo que significa?—se extasió hipócritamente Larry.

—A su salud—tradujo la señora Kafka.

Hubo un diluvio de comentarios en húngaro, que acabó con otro brindis, mientras los ojos de Larry destellaban de placer y de agradecimiento. Sebastián escuchó con aire displicente el intercambio de alabanzas y el chaparrón de idioma magyar hasta que por último intervino en húngaro:

—Hace mucho tiempo que no hablaba yo el húngaro.

—¡Oh!... ¿Cómo es que habla usted húngaro? ¿Ha nacido usted en Hungría?—inquirió emocionada la señora Kafka.

—No, estudié música en Budapest. Yo vivía en... ¿cómo se llama?... Andrássy ut.

De esta forma, inconscientemente, Sebastián, el genio despegado de las miserias terrenas, hizo avanzar unos metros más las posibilidades de éxito de Larry, ya que los huéspedes se pusieron a evocar recuerdos de su país y de sus casas con la nostalgia del expatriado.

Sin embargo, el sentido práctico de Larry hizo que no llevara su agradecimiento más allá de su conveniencia. Así, pues, en cuanto hubieron terminado de cenar y pasaron a la sala, se adelantó a todos y cerró el piano con llave, que guardó en su bolsillo. Pero cuando puso el disco húngaro en la gramola, éste se encalló en unas notas que repitió con una constancia alarmante.

Estaba rayado. Larry miró a Sebastián y lo comprendió todo. Mas como estaba muy esperanzado, se acercó a su abogado, quien le comunicó en voz baja:

—Acaban de telefonarme. Kafka va a comer mañana con la compañía de seguros Hudson. De modo que esta noche o nunca. Tengo a mi secretaria en la oficina extendiendo los contratos.

—Está bien. Ahora iré a buscarlos—dijo Larry y habló a Kafka:—¿Qué le agradó el goulasch, señor Kafka?

—Buen goulasch, muy buen gou-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

lasch. Si su Compañía es tan buena como su cocina, haremos negocio.

—Me alegro que toque usted ese tema. Aquí están los detalles... — empezó a decir Larry, mientras Kafka llamaba a sus asociados para que escucharan la explicación del joven.

No pudieron hacerlo, porque Jill, separándose de sus invitadas, se colocó junto a Sebastián, y les anunció:

—Escuchen todos, por favor. Tengo una sorpresa para ustedes. El señor Sebastián, como saben, es un gran pianista y ha accedido, amablemente, a tocar para nosotros. De modo que si quieren sentarse...

Larry no dió muestras de intranquilidad y dejó que los huéspedes se acomodasen, sacando grandes nubes de humo de su cigarro. Por fin se hizo silencio. La señora Kafka, que era tan fea como cordial, se sentó cerca del piano y sus ojos redondos de besugo no se despegaron del pianista.

—Señora Baker... — llamó Sebastián.

La joven fué hasta él y escuchó las palabras que Sebastián murmuró en su oído muy atenta. Luego, Jill suplicó a la señora Kafka:

—¿Quiere quitarse de ahí, por favor?

Hubo un cambio general de

asientos, que finalizó al fin. Sebastián quiso levantar la tapa del piano, pero ésta no se movía; se enfrentó con los invitados comunicando trágicamente:

—¡Está cerrado!

Se renovaron los comentarios y Larry se reunió con Kafka y sus socios recomprendiendo la negociación del anillo seguro. Jill, que había ido de un lado para otro, se llegó a Sebastián cuyos dedos tocaban las teclas.

—Lo rompí—afirmó el pianista.

En efecto, la tapa del piano había sido reventada.

—No se preocupe — le apaciguó Jill—. Y ahora, señor Sebastián, por favor, díganos qué va a tocar.

Jill se había apoderado del asiento abandonado por la señora Kafka. Sebastián se levantó con ademán importante y empezó a decir:

—Pues en primer lugar voy... — y se interrumpió—: Señora Baker...

Acercó sus labios a la cabeza de Jill y murmuró unas palabras. Jill se sentó en el suelo a los pies de la señora Kafka, satisfaciendo al pianista, el cual, teniendo todo según sus deseos, exclamó, fingiendo modestia:

—Voy a empezar con la Sonata Patética de Beethoven. Una sonata con tres tiempos. Y después, si es-



*Todo ello hizo que Margie se interesara por la salud
de Jill*



Aquel hombre estaba loco o era un gran farasante.



—*"Esa es la línea que me envía al doctor Vongard."*



—*"No soy de nadie!"—exclamó Sebastián.*



—*“Es un retrato”*—respondió Jill con aplomo.



Murmuró unas palabras en el oído de Jill.



Jill se sentó en el suelo...



*—“La única que al daré tres cigarros puros”—
comunicó Jones.*



Sebastián, en su estudio, tocaba una música insinuante.



Los ojos de Larry toparon con el "retrato" de Sebastián.



—*¿De qué se queja esa mujer?*—se entretuvo
Sally Aikens.



Larry levantó en vilo a Jill.



—*Muy considerado de su parte*—alabó Sebastián.



Jill se volvió hacia Larry.



*Descargó un directo fenomenal en la mandíbula
de Sebastián.*



—He subido para traerte unas fotografías...

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

toy en condiciones, tocaré las once variaciones de Hoff sobre el segundo tema del primer tiempo... seguidas por mis propias variaciones sobre las once variaciones de Hoff sobre el segundo tema del primer tiempo.

Dicho esto, ocupó el taburete y aporreó las teclas, preciso es confesarlo, al parecer con gran maestría. Larry y Jones, el abogado, se dieron a la fuga. Larry mordía fu-

rioso su cigarro en su despacho, y preguntó:

—Oiga, ¿cuánto dura una sonata?

—La única que oi duró tres cigarros puros—comunicó Jones.

—¡Es una catástrofe! ¡Es un desastre! Jones, estamos perdidos...

Y únicamente el pensamiento de que disgustaría a Jill le impidió arrojar a Alejandro Sebastián por la ventana.

CAPITULO V

DESCUBRIMIENTOS, CELOS Y CONSEJOS

Sebastián, en su estudio, tocaba una música insinuante, insistente y perturbadora, de su propia invención. Jill la escuchaba sufriendo sus efectos, que en vano intentaba disimular fingiendo contemplar la calle desde el amplio ventanal. Y la música seguía insinuándose, infiltrándose en su alma, debilitando su voluntad, anulando su conciencia. Y la música seguía.

—¡Alejandro, déjelo!—suplicó.

Sebastián, a quien ella había llamado por primera vez por su nombre de pila, detuvo sus ágiles dedos. Pero al darle la espalda la joven, arteramente arrancó un trino a las teclas de sonido más aterciopelado. El alma de Jill estaba embriagada...

—¡Por favor, no!—tornó a suplicar.

Y huyó... El piano quedó solo. El

ventanal, solo. Los sonidos de la calle resultaban amortiguados por el silencio... El piano continuaba solo.

Súbitamente, con una expresión de triunfo, Sebastián regresó al instrumento... Luego, Jill apoyó su frente en el cristal... Sonaron nuevamente los trinos y los graves acentos de la composición del pianista, insistentes, mefistofélicos, arrulladores...

—No... no—suspiró Jill huyendo.

El piano permaneció nuevamente solo. Una pausa más larga...

Después, con aire mohino, Sebastián se sentó en un sofá. Jill no reapareció. El pianista cogió una botella de licor y una de las dos copas semillenas... Gruñó rabioso... Levantó la copa y... la vació en la botella.

* * *

Larry y Jones caminaban juntos por la calle, alabándose mutuamente por el triunfo conseguido al inducir a firmar el seguro a Kafka. Al doblar una esquina los ojos de Larry tropezaron con el "retrato" de Sebastián, exhibido, después de haber sido expuesto en la exposición, en una tienda de arte, para su venta. Se detuvo y sonrió.

—Un momento, que me voy a reír un poco—advirtió a Jones.

Entró en la tienda y un vendedor se apresuró a atenderle. Larry le señaló el cuadro expuesto en el escaparate y dijo:

—Quería preguntarle... ¿Ese cuadro del escaparate?

—Es muy bueno, ¿no le parece?

—Sin bromas... ¿qué es?

—Es un retrato de hombre—le respondió gravemente el vendedor.

—Sí, eso ya lo sé—aceptó Larry.

—¿Qué otra cosa iba a ser!

—Dispénsame, señor, pero no todo el mundo comprende el arte moderno. Si le interesa, sólo vale quinientos dólares...

—¿Quinientos dólares? — repitió Larry muy sonriente—. Debe de ser un gran hombre.

—Bien. No es por el hombre—aclaró el dependiente—. El hombre no es más que un músico desconocido.

La sonrisa desapareció de los labios de Larry, cuyas mandíbulas se cerraron con firmeza, sintiendo un resquemor en lo hondo de su alma. Secamente inquirió:

—¿Músico? ¿Qué clase de músico?

—Pianista, según creo.

El resquemor se convirtió en una devoradora llama y tuvo que dominarse para no hacer un disparate.

—¿Se trata por casualidad de Alejandro Sebastián?

—Sí, señor, él es. Lo ha reconocido usted. ¿Acaso es usted amigo suyo? ¿No le sería agradable tenerle en casa colgado permanentemente?

—¡No sería muy agradable!—pero se rehizo—. Sí, pero en persona.

Salió a la calle sumido en tene-

brosos pensamientos. Jill no debía tener en estima otro retrato que el suyo. La sospecha se convirtió en celos y malestar. ¿Por qué había esquivado siempre cualquier pregunta sobre el cuadro? ¿Por qué no le había dicho que era Sebastián?

Jill le ocultaba algo. Y él iba a averiguarlo. ¡Parecía imposible!

—¡Un individuo como ése!... —dijo para sí, aunque en voz alta.

—¿Quién?—preguntó sorprendido Jones, apartándose el cigarro de la boca.

—¡El!... Adiós, Jones—dijo, dándole plantado.

Cuando Larry penetró en su hogar a aquella hora desusada, Jill, que no demostró el menor asombro al verle, interpretaba en el piano torpemente, una partitura que tenía delante. Este era un mal síntoma para Larry: aquella súbita disposición para la música de su mujer. Y su mal humor se espesó.

—¿Te agrada la sorpresa que te he preparado?—le preguntó Jill, sin mirarle y sin detener sus dedos.

—Sí, mucho. "El alegre campesino"—leyó Larry el título de la música y agregó molesto:—¿Por qué estaba alegre?

—Cariño, no me vas a tener envidia por un poco de música, ¿verdad?

Jill había notado su sequedad y

Larry puso a mal tiempo buena cara, replicando prontamente:

—No, no, no. ¿Pasaste buen día?

—Muy bueno.

Lo cual era patente, porque Jill estaba más hermosa que nunca. ¿Sería influencia de la música o era que se engañaba?

—Parece que estás mejor desde hace días.

—Sí. Anoche dormí diez horas seguidas. Y oye... el hipo ha desaparecido completamente. ¿No es una buena noticia?

—Sí, ya lo crea. ¿Sigues yendo a ver al doctor Vengard?

—No, ya no necesito al doctor Vengard en absoluto. Estoy muy ocupada con mi música y con visitar las galerías de arte, y no tengo tiempo de pensar en el médico.

Era lo que temía, egoístamente, Larry. La reproducción del "retrato" de Sebastián estaba colgada en un lugar preferente de la sala. Larry se paró ante el "rompecabezas" y lo estudió con aire de conocedor. De pronto exclamó, haciendo que Jill se levantara apresuradamente y abandonase la música para ir a su lado:

—¡Ah! ¡Es magnífico! Te diré, empieza a darme cuenta de que significa algo. Sí, creo que esto es un hombre.

—¿Por qué dices eso?—protestó

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

Jill, como si estuviera equivocado.

—Pues, la otra noche...

Jill le interrumpió, lanzando una carcajada a todas luces innecesaria. Larry advirtió que estaba machacando sobre hierro al rojo vivo y dominó su ira con dificultad.

—¿Lo tomaste en serio cuando te dije que era el retrato de un hombre? —preguntó Jill escrutándole—. Si yo bromeaba. ¿Cómo pudiste creerlo? Es que yo estaba nerviosa por la cena y dije lo primero que se me ocurrió. Lo siento, Larry.

Ahora bien, como la explicación de Jill contrastaba con la dada por el dependiente de la tienda, y como éste era imparcial únicamente cabía una cosa: ¡su esposa le ocultaba algo! Y desde el momento en que lo ocultaba, era cosa que debía staffearle muy en especial.

—No, Jill, no estoy de acuerdo contigo. Me parece que es un hombre.

—No seas testarudo. ¿Es que no puedes admitir una broma?

—Entonces, ¿qué es? —exclamó.

—Ea... es un prado. "Prado en Primavera".

—¡Ah! En primavera, ¿eh? —dijo

Larry, mordiéndose los labios—. Y esas pequeñas notas musicales, ¿qué significan?

—Ea... es el pastor que toca la flauta. Los pastores tocan la flauta, ya lo sabes.

—Sí, claro... sí. ¿Y el reloj con las doce y cuarto?

Jill estaba nerviosa, muy nerviosa. El súbito interés de Larry por el arte la había puesto en un compromiso, que sólo resolvería mediante inventiva.

—No sé exactamente lo que significa, pero me figuro que es por la hora de comer... El pastor come y luego toca la flauta. ¡Larry, habla como si nunca hubieses visto un prado! Es que el arte futurista se separa de todas las formas convencionales. Se aparta de las normas clásicas, se vale de simples indicaciones... ¿Qué haces? —concluyó.

Larry había sacado un lápiz y dibujó entre la columna y la "línea de la desgracia" unos hermosos y desarrollados bigotes, tras de lo cual se guardó el lápiz y avanzó hacia la puerta, contestando:

—Nada. Le pongo un bigote al pastor.

...

—A ese tipo le tiraré el piano a la cabeza.

Esto lo dijo Larry que, con las manos en los bolsillos, los ojos relampagueantes y apoyado en el escritorio de su abogado Jones, había relatado a éste sus vehementes sospechas, sus no menos indudables celos y sus enormes deseos de dar una lección al pianista. Jones corrió a él y con la sensatez que dan los años y las leyes, le aconsejó:

—Eso es lo peor que usted podría hacer. Ella le tendría piedad. No haga usted de él un mártir. Tiene que considerarlo desde el punto de vista de una mujer. Un momento.

Jones llamó a su secretaria, la cual, además de ser guapa y elegante, era muy inteligente y femenina, incluso de sobras, para descubrir la verdad en la extraordinaria historia que le estaban exponiendo de "un amigo" del señor Baker, "el señor Brown", que, después de seis años de casado, se percataba de que las cosas no iban tan bien como antes.

—¿Qué clase de hombre es ese señor Brown?

—Muy agradable, ¿no le parece a usted?—dijo Larry a Jones y como después de otra consulta resultó que asimismo era atrayente, la secretaria exclamó:

—¿Y, a pesar de eso, se queja ella?

—Se aparta insensiblemente de él—comunicó Larry.

—Sí, y el marido quiere que las cosas vuelvan a estar como antes.

—Indicó el abogado.

—¿Y quién no?—convino la secretaria, que se preguntaba qué papel representaba en aquella pobre comedia.

—Sí. Diga, señorita Aikens, como mujer le preguntamos, ¿cuál es el mejor modo de reanudar...?

—Pues yo creo que un abrigo de pieles serviría de mucho—opinó.

—Ya tiene abrigo de pieles—concretó Larry.

—Entonces, ¿de qué se queja esa mujer?—se extrañó Sally Aikens.

Jones despidió a la estupefacta

joven, molesto de que su confianza en la infabilidad de su secretaria hubiese fallado. La verdad era que la joven estaba consternada por tanto secreto.

—Yo creía que ustedes deseaban oír una opinión femenina—dijo decepcionada.

Entonces Larry sospechó que no le habían dado todos los datos necesarios, sobre todo al comprender que Sally se resistía a salir del despacho, y la detuvo, suplicando:

—Un momento. Escuche usted. ¡De pronto la señora Brown tiene gustos futuristas!

Aquel era un nuevo aspecto de la cuestión y Sally se internó de nuevo en el despacho, simpatizando:

—¡Ah! Y eso disgusta al señor Brown. ¿Sospecha algo?

—Demasiado — respondió acremente Larry.

—¿Tiene testigos?

—No.

—Entonces nada.

—Gracias, señorita Aikens.

Larry se alejó de ella y se apoyó en el escritorio. Sally asió el pomo de la puerta y envió una mirada circular a los dos cariacontecidos caballeros.

—Lo siento por su amigo, señor Baker, pero probablemente ella no tiene la culpa. Es otro punto de vista femenino — sentenció entre-

abriendo la puerta—. Temo que no sea yo la persona más indicada para aconsejarles. Me parece que el señor Brown es como muchos maridos. Descuidará a su mujer por sus ocupaciones. A menudo se encuentran casos parecidos. La esposa se aburre. Empieza a sentirse incomprendida y de pronto se interesa por otras cosas, por ejemplo, el futurismo. Claro que si él quiere lo olvidará en seguida. ¿No lo creen ustedes así? Y si el señor Brown no interviene, su esposa pintará cuadros cubistas. Y entonces sería más difícil...

Después de esta lección de sabiduría femenina, cerró la puerta. Larry, al que el acertado diagnóstico de la secretaria había alcanzado en lo más vivo, se encaró con Jones, que aprobaba con la cabeza, y bufó:

—¡Vaya secretaria!...

—Sí, pero expuso algunas ideas muy interesantes—afirmó el anciano que, como imparcial, tenía el cerebro más despejado.

—No me di cuenta—rechazó Larry.

—Bien, Larry. ¿Usted sigue enamorado de su mujer?

—Sí.

—Y... ¿a dónde va a ir usted ahora desde aquí?

—Voy a comer con el viejo Gre-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

gor Higgins, en su club—dijo pasándose la mano por la frente y recorriendo el despacho—: ¿Y cómo podré hablarle de seguros con esta preocupación? Y era un negocio importante...

Jones le alcanzó en la salida y le obligó a mirarle cara a cara, empleando un tono verdaderamente paternal en sus consejos:

—¡No! Oiga, deje a Higgins, deje los seguros. Vaya a casa. No tiene más que una cosa que asegurar: usted mismo. El cliente más importante de su vida está esperándole. Su nombre es señora Baker. Usted

es un gran hombre de negocios; no ha ocurrido nada en su matrimonio. No tiene más que ocuparse de él de cuando en cuando... No hay más que dedicarse a ello con un nuevo impulso.

—Asegurar la felicidad con un nuevo impulso — exclamó Larry deslumbrado—. Sí, no es mala idea. Pero ¿cuál es ese impulso? Eso es lo que quisiera saber. ¿Cuál es?... ¿Cuál es?... ¿Cuál es?... ¡Asegurar la felicidad con un nuevo impulso!

Y se puso muy contento, porque había tenido una gran ocurrencia.

CAPITULO VI

UN NUEVO IMPULSO. CONTUNDENTE

Jill estaba leyendo en la sala. Larry, sin promover el menor ruido, cerró la puerta y, con infinita cautela, se dirigió de puntillas hacia su esposa, con una cegadora sonrisa ocupándole la faz. Se colocó detrás del sillón y tapó con las manos los ojos de Jill.

La joven se echó a reír alegremente y no quiso rehuir el contacto de sus manos, antes bien profirió:

—Qué grata sorpresa, ¿eh? ¡Hola, maestro! ¿Quién va a ser esta tarde? Vamos, dígame, estoy deseando oírlo. ¿Va a ser Mozart, bondadoso, juguetón? ¿O será usted el recio Beethoven, heroico, fuerte, decidido? Vamos, dígame a su admiradora. ¡Ah!

Esta última exclamación correspondió a su gesto de levantarse y mirar hacia atrás. Larry, que nunca había merecido el epíteto de maestro, había retirado sus manos, dejándola en libertad. Su rostro... es

inútil describirlo. Jill, al descubrir su equivocación, vaciló y cayó desmayada.

Larry se agachó para recogerla. Entonces se oyó un gran estrépito en la puerta y apareció Sebastián gritando como un perfecto idiota, infantil:

—¡Ta, ta, ta! ¿Sabe quién está aquí? ¿Sabe quién está aquí? ¡Es Wotán, el dios de los dioses, que viene a la tierra!

Casi le ocurrió lo mismo que a Jill al ver a Larry alzando de la alfombra a su esposa. El dios de los dioses trocóse en un Alejandro Sebastián algo preocupado por la inesperada presencia de Larry. Se arrodilló junto a él y preguntó:

—¿Es algo serio?

—No. Se ha desmayado.

—¡Oh, sí! Las mujeres se desmayan siempre. ¿Por algún motivo especial?

Mientras decía esto el pianista, Larry levantó en vilo a Jill y de-

positó su cuerpo inerte en un diván, colocándolo en una posición cómoda, explicando:

—No, no... Creyó que yo era un genio, luego se dió cuenta de que no lo era y fué un golpe muy fuerte para ella. Por favor, ya sabe que está usted en su casa. En seguida vuelvo. Voy por las sales.

Sebastián adivinó lo que había ocurrido. Al estar solo, guardó en la mesita el odiado jarroncito de porcelana. Después se pasó muy agitado por la habitación, aguardando la vuelta de Larry. Cuando éste reapareció con el frasquito, se precipitó sobre él apremiándole con superioridad:

—Oiga, Baker. Vamos a explicarnos. No es necesario que tengamos una discusión violenta, llegaríamos a insultarnos. Usted es un caballero, no puede acusarme de algo que no ha cometido y que, por lo tanto, no voy a confesar. Sólo me interesa mi arte, pero si no lo cree así, sepa usted una cosa: no estoy dispuesto a pelear. Mis manos son mi único modo de vivir, y no voy a estropearlas contra su barbilla.

Larry le miró serenamente y le entregó el frasquito de sales.

—Tenga, Mozart, despierte a su admiradora.

Sebastián se arrodilló ante el diván y destapó el frasquito, pasán-

dolo varias veces bajo la nariz de Jill, hasta que ésta se despertó y dijo lo que es frase sacramental después de un desmayo:

—¿Qué ha ocurrido?—Y viendo que Sebastián balbuceaba, se echó a reír—. ¡Usted!... ¡Qué gracioso! ¿No sabe lo que creí?

Sebastián hizo unos esfuerzos inauditos para que no lo dijera. Jill, sin dejar de reírse, se sentó en el diván y empezó a explicarle lo que juzgaba imaginación suya. Entonces se fijó en Larry, que permanecía silencioso.

Y con un gemido, volvió a desmayarse.

Sebastián estaba tan tembloroso que no tuvo fuerzas para levantarla. Larry se apoderó de Jill y la transportó a la alcoba, depositándola sobre su cama. El timbre del teléfono sonó y Larry abandonó a su mujer, contestando:

—Diga... Hola, Jones... Sí, estoy asegurando... Sí, llevaba usted razón, necesito un nuevo impulso. Pero creo que ya lo he conseguido...

Sebastián no había perdido el tiempo. La aparente tranquilidad de Larry le henchía de temores y, por consiguiente, calculó las probables condiciones defensivas ofrecidas por el salón. Escogió para parapearse un espacio situado entre

el teclado del piano y la pared, interponiendo entre él y Larry una lámpara. Pero esto fué innecesario, porque Larry salió muy apacible de la alcoba y le ofreció un habano.

—Vamos, ¿quiere un cigarro?

—O usted está tramando algo terrible o el cigarro está envenenado.

—No, no. Es de los mismos cigarros que doy a los clientes. ¿Qué edad tiene usted, Sebastián?

—Menos que usted.

Ya había abandonado su parapeto y hablaban en el centro de la sala. Sebastián se había guardado el cigarro y esperaba... esperaba el veredicto. Pero Larry no tenía prisa en pronunciarlo: había vislumbrado un cariz desconocido en el negocio. Así, pues, prosiguió pacíficamente:

—Está usted en la primavera de la vida, ¿eh? ¿Tiene buena salud?

—Bastante buena. Me siento mejor después de cenar. Pero no estoy dispuesto a pelear...

—No, no, no. Si yo no quiero pelear. ¿Pero quién sabe si algún día se encuentra usted con alguien que no tenga tanto respeto como yo por la música? ¿Qué ocurriría entonces? Vamos, Sebastián... voy a hacer algo por usted, lo quiera usted o no. Voy a asegurar sus manos. Eso le dejará a usted en completa libertad de acción y a mí me dejará

el cinco por ciento. Los dos saldremos ganando.

Insensiblemente, proponiéndole este amenazador negocio, le había guiado hasta su despacho, cuya puerta abrió, dejando pasar antes a Sebastián. A éste le desagradó una enormidad el cambio de escenario y más todavía que Larry cerrara la puerta con llave. Así es que repitió:

—No estoy dispuesto a pelear.

—No, ya lo sé, ya lo comprendo. Usted es un artista genial. Tenga la bondad de sentarse, haga el favor. Oiga, lo más interesante del caso es que podemos... ¡Siéntese!— le ordenó, siendo obedecido—. Podemos hacer el seguro de manos como una cláusula adicional a su seguro de vida.

Larry sacó un papel de un cajón y lo depositó sobre el escritorio. Luego apoyó los codos sobre él. Sebastián notó que sus cabellos se erizaban.

—¿Seguro de vida?... ¿Para qué quiero yo un seguro de vida?

—¿No tiene usted familiares, parientes?

—¿Parientes?... ¡Feos!

—Le daré una idea. Puede dejarlo a una institución benéfica, y así se perpetuará el recuerdo de un músico genial, muerto en plena juventud, pues probablemente ocurrirá así. Y tendrá que agradecerme

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

que todo el mundo diga: "¡Pobre Sebastián!" Créame, si hay alguien que necesite un seguro de vida es usted... y ahora mismo.

Dicho esto, empuñó un pequeño revólver que había en un cajón y asestó su amenazadora boca en dirección de la frente de Sebastián, que se retorció bajo la amenaza.

—Está enamorado de mi esposa, ¿verdad?

Sebastián hizo una cosa sorprendente: condescendió a sonreír, y no precisamente porque la situación fuera placentera en especial. Y todo su genio e incompreensión del mismo, desaparecieron dando paso a un gran amor a su pellejo.

—¿Enamorado de su esposa, Baker? ¡Ah! Eso es lo que ha llegado a figurarse, ¿eh? ¡Claro! Ahora ya lo comprendo todo. Verdaderamente, Baker, debería avergonzarse de sí mismo. Un formidable agente de seguros como usted, que está en continuo contacto con la naturaleza humana... debería conocerla mejor. Desde luego, creo que su mujer es muy atractiva, muy simpática, que adora la música... ¿Eso está cargado?—indagó señalando el revólver.

—Sí.

Sebastián experimentó un indomable deseo de vivir. Se puso en pie, pero no logró rehuir el punto de mira, pues Larry, levantándose

también, le siguió, acortando más aún la distancia anterior.

—¡Oh! ¡Reaccione, Baker! No lo crea de ningún modo. A mí no me interesa su mujer.

—¡Bravo! Hoy va a ser un gran día en el cielo musical. Me parece ver a Beethoven diciéndole a Mozart: "Oye, Mozart, quita el polvo al piano; mira quien viene. ¡El pequeño genio!"

—No me hace gracia.

Larry miró el cargador del revólver, lo hizo girar y, finalmente, depositó el arma sobre la mesa, un poco fatigado de aquella comedia que a nada conducía. Dió dos pasos amenazadores hacia Sebastián, que comenzaba a recobrar su antiguo genio de "genio".

—Ni a mí tampoco. Yo quiero a mi mujer. Hace seis años que la quiero, hace seis años que vivimos juntos, cuando de pronto llega usted y se dispone a trastornar nuestra vida, porque no tiene otra cosa que hacer. Pero no se saldrá con la suya. ¡Hum! Ha despertado usted su interés por ese arte moderno y estúpido y por esas sinfonías absurdas. ¿Sabe lo que haré si persiste en su impertinente actitud? Pelcaré, aunque no tenga las manos aseguradas, lo que lamento mucho.

Sebastián, al que la desaparición

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

en la discusión del arma había tranquilizado mucho, se echó a reír con un desprecio no absolutamente fingido. Aquellos sentimentalismos eran repugnantes. Y replicó:

—Oiga usted, Baker. No quiere darse cuenta de la realidad. Su mujer siente la misma emoción que yo por ese arte que usted no es capaz de comprender. Ella es mi musa, inspira mis composiciones y no puedo renunciar a su presencia, ni ella a mi arte. No lo piense, no lo espere; porque está casada con un hombre incomprensivo y absurdo.

—¿Eso es lo que piensa?

—Exactamente.

Ante este giro, Larry cambió por completo de manera de pensar. Si se empeñaba en separar a Jill de Sebastián, los efectos serían contraproducentes. Su mujer le odiaría. Su afición por el arte y Sebastián aumentaría. En cambio, si la dejaba a su libre gusto, no tardaría en cansarse de aquel esperpento, de quien recibiría la penitencia. Además, si su mujer ya no le amaba...

—Entonces, quizá no tendré que matarle. Si ella necesita su arte, el asunto varía. Ya no tiene que preocuparse por su seguro de vida. Usted seguirá dándole lecciones de arte y yo le daré a usted lecciones de boxeo.

Y su puño derecho, seco y preci-

so, golpeó la barbilla de Sebastián, arrojándole sin sentido contra el suelo. Vibró el timbre del teléfono y Larry lo empuñó:

—¿Diga? Hola, Jones, estoy siguiendo el plan.

Luego, semiincorporó a Sebastián y le dió un masaje en la nuca hasta que volvió en sí. Cuando ambos se pusieron en pie, Sebastián le reprochó:

—No debía haber hecho eso, Baker.

—Ya lo sé. Lo siento. Si—prosiguió la conversación anterior al puffetazo—. Es mejor que puedan hablar de música y de pintura, ya que tienen gustos artísticos tan afines.

Marcó un número en el teléfono:

—Oiga, aquí Lorenzo Baker. ¿Quiere reservarme una habitación para esta noche? En seguida iré. Gracias.

—Baker, ¿es cierto que se va usted?

—Sí, es cierto. Creo que lo mejor es que me vaya a vivir a un hotel, ¿no le parece a usted?

—¿Qué sé yo! Resulta difícil la solución.

Larry había esperado esta reacción de Sebastián. Sabía ya a qué atenerse. El pianista no era hombre al que gustasen las responsabilidades y mucho menos el escándalo. Pues, pese a su cacareada supe-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

rioridad, en el fondo era un inútil.

—No puedo continuar aquí. No, no quiero privar a Jill de su genio musical y así podrá adquirir una mayor cultura en la pintura cubista. No deseo sacrificarla. Ya dijo usted que ella necesitaba de su arte. Después de todo no creo que haya motivo para enfadarse. Usted es un caballero incapaz de ofenderme y ella es un chiquilla excelente.

—¡Hum! Sí, sí... mucho. Claro que tiene defectos.

—¿Quién no los tiene?—preguntó Larry conciliador—. ¡Ah! Oiga, Sebastián, si... si la encuentra alguna vez de mal humor no tiene más que hacer una cosa... no, no, quizá será mejor que no se lo diga. No me atrevo; es tan personal que...

—Vamos, vamos... ¿qué es? —le apremió Sebastián.

—Bien—dijo Larry fingiendo decidirse—. Si en alguna ocasión se pone nerviosa o está de mal humor, y quiere hacer que se le pase en seguida, no tiene más que hacer... hay una solución.

—¿Cuál es? —insistió Sebastián con curiosidad.

—Hacerle "kik".

Sebastián hizo una mueca de asombro y se le acercó más aún.

—¿"Kik"? ¿Y eso qué es?

—Pues... así.

Larry le clavó el dedo en el estómago y Sebastián se quedó perplejo.

—¿Y eso le gusta?

—La vuelve loca.

—Gracias, Baker. ¡"Kik"!

Y, dándole un golpecito, Sebastián se marchó victorioso.

CAPITULO VII

LAS VISIONES DE UNA TESTIGO

Lógicamente, la consecuencia del "sacrificio" que Larry se había impuesto sólo podía ser una. Pocos días después, los esposos Baker y Sebastián escuchaban atentamente las explicaciones que Jones les daba en su despacho sobre el procedimiento y las causas de una separación legal.

Jill, que estudiaba a Larry con el rabillo del ojo, pudo comprobar que su esposo estaba muy satisfecho de la situación que había originado su conducta o, mejor dicho, la de ambos. Mientras ella se revolvió inquieta y atontada, su marido parecía estar en los mejores términos con el pianista, a quien habían situado entre los esposos.

—Ahora bien, en cuanto a las causas de separación, las leyes del Estado de Nueva York exigen que uno de los esposos haya sido infiel —anunció apenado Jones.

—Debe haber otro motivo menos complicado—dijo Jill.

—En Nueva York, no.

Larry volvió hacia ella la cara con caballeresca cortesía y afirmó indiferente:

—No es necesario que te culpes tú. Yo seré el infiel.

—No, no. No quiero ponerte en ese compromiso —replicó Jill enternecida—. ¿Por qué vas a ser tú el culpable?

—Es igual. No me importa nada.

—Muy considerado por su parte —alabó Sebastián, sin acusar una mirada asesina de Jill.

—Gracias, Sebastián—respondió Larry.

Jones, a quien todo aquello disgustaba profundamente, ya que quería mucho a los Baker, no dijo nada y nerviosamente desplegó un gran papel de apariencia legal, en donde leyó lo siguiente:

—Y ahora tratemos de los bienes conyugales. "Se establece el siguiente acuerdo entre Lorenzo Baker, a quien de ahora en adelante

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

llamaremos la primera parte, y Jill Baker, a quien de ahora en adelante llamaremos la segunda parte. Queda convenido que la primera parte transfiere y cede a la segunda parte el piso que posee en el número seiscientos ochenta y cinco de la Avenida del Parque".

Los miró sucesivamente. Cuando llegó a Larry, éste expresó el deseo siguiente:

—Piso y mobiliario.

E inmediatamente fué apoyado por Sebastián.

—Creí que no figuraría — se excusó el abogado.

—Sí. Quiero que todos los muebles sean transferidos a la segunda parte precisamente.

Esta generosidad de Larry hizo más dolorosa la obligación de protestar en que se vió Jill.

—¿No podríamos dejar eso?—aplicó.

—No. Es mejor resolverlo todo ahora. En seguida acabaremos—la tranquilizó Larry.

—Pero es que yo...

—Únicamente trata de ser justo —corroboró Sebastián.

Larry aprobó esta apreciación del pianista con un cabezazo. El tormento de Jill crecía por segundos; sus dedos maltrataban su bolso y era evidente que no estaba muy le-

jos de declararse culpable de todo lo pasado.

—Eres demasiado generoso... Pero si tú deseas conservar algo...

—No, no quiero nada. ¿Qué haría yo con un mueble?

—Vive en un hotel — le apoyó Sebastián—. ¿Dónde lo iba a poner? Tendría que guardarlo y pagar un almacenaje.

Larry empezó a sospechar que Sebastián era mucho más práctico que la mayoría de los genios. La propia Jill le fulminó con los ojos. Jones estudió el papel de la donación y abandonó el despacho para enmendarlo. Sebastián, que por razones ocultas desconfiaba del abogado, se precipitó tras él, dejando a Larry y a Jill solos.

Larry se paseó por el gabinete con las manos metidas en los bolsillos, mientras que Jill, que pisaba sus pasos como atraída por un imán, pugnaba por encontrar un tema de conversación adecuado. Dijo, finalmente:

—Bien... aquí estamos

—Eso es. Baker contra Baker.

—Suena muy mal, ¿verdad?

—Como todas las cuestiones legales—contestó con disiplicencia.

Jill se puso delante de él y lo miró con sus grandes ojos azules, muy abiertos, como los de un niño con quien se comete una injusticia.

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

—Y respecto a la infidelidad, ¿cómo vas a hacer? ¿Tienes pensado ya algo?

Larry se encogió de hombros, replicando con el acento de quien tiene muchos asea en una mano:

—En realidad, tengo proyectados varios planes. No te preocupes, creo que lo podremos arreglar en menos de un mes.

Jill vaciló perceptiblemente y tuvo que apoyarse en el respaldo de una butaca. Sentía su alma desgarrada por la obstinación de Larry.

—¿Tienes mucha prisa? — preguntó a su esposo, y al afirmarle él, le rogó: — Dime, ¿no habría otra solución?

Larry se mordió los labios para no reír. Jill estaba celosa y ansiando conocer los medios por los que sería infiel.

—¿Otra solución? ¿Para qué? — quiso saber enarcando las cejas. — Creo que es una buena solución. El tribunal la aceptará y conseguiremos en seguida nuestro propósito.

Y Jill le interrogó sin osar mirarle:

—¿Y qué piensas hacer después?

—No sé. Seguramente emprenderé un largo viaje—contestó Larry románticamente y dando en el clavo.

—¿Un viaje a dónde?

—Oye, estamos justificando la

separación—anunció con sequedad.

—No jugando a las preguntas.

—Es que soy muy curiosa—balbuceó.

—No te preocupes. Ya te escribiré. De vez en cuando, cada semana, no... cada mes te escribiré una tarjeta.

Jill le cogió del brazo y sollozó entrecortadamente:

—Larry, ¿tú quieres separarte de veras?

Larry fingió una sorpresa inmensa.

—Naturalmente, ¿y tú?—y agregó antes de que pudiera pronunciar una negativa: — No vayas a decirme que no quieres; sería un gran desengaño para mí. Ya no tenemos los mismos gustos, ni pensamos igual, como antes. Ahora te gustan esos estúpidos cuadros. Te encanta la música de ese genio enano y a mí me desagrada todo lo que a ti te agrada. Por eso prefiero vivir solo y en paz. Estoy decidido a separarnos por tu bien.

Hablaron un poco más, ella cercana al llanto y él a punto de proclamar su alegría. Cuando reaparecieron Jones y Sebastián, este último se precipitó hacia Jill, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, e increpó a Larry:

—¿Qué sucede? ¿Qué han hecho? No me fío de usted, Baker,

Jill, no debe preocuparse por nada. Es un acuerdo muy estudiado.

Jill libertó sus hombros de sus manos y se retiró hacia el escritorio, diciendo:

—Alejandro, por favor, déjeme; estoy muy nerviosa, ¿no lo comprende?

Sebastián miró a Larry y Larry le devolvió la mirada acompañada de un guiño de complicidad, que hizo sonreír al pianista. Y calmó éste a la joven:

—Claro, claro, todos tenemos nuestros malos momentos... ¡"Kik"! ¡

Su índice con el golpecito fue recibido con un gesto de asombro. Jill se volvió hacia Larry que se balanceaba sobre los talones, y dedujo sin grandes apuros a quien debía el "kik". Jones, entregado a su trabajo, quiso leer el documento retocado, pero Jill se lo impidió, exclamando:

—No es necesario, a menos que nos pongamos de acuerdo en lo de la infidelidad.

—Eso no es cuenta tuya—repuso Larry.

—Claro que no lo es—le asistió Sebastián.

—¡Cállese! Eso me preocupa. No va a hacer que se burlen de mí todos, apareciendo infiel. Quieren que se rían de mí. ¡Ah, no, no lo

conseguirá usted, señor Baker! ¡Adiós!

Hecha un basilisco escapó de la habitación, perseguida por el inseparable pianista, el cual, antes de marcharse, tuvo que soportar un "kik" de Larry. Este, después de esta última diablura, se unió al abogado que estaba tan radiante como él mismo.

—De este modo, mi querido señor Jones, estoy seguro de conservar lo que me pertenece. Vamos a beber algo.

Los dos cómplices exhalaban grandes carcajadas, destinadas a aprobar los planes que Larry delineaba para el futuro, en el bar del abogado. Pero el último vitor fue cortado por la figura de Jill acompañada por Sebastián. La joven llamó a Jones e inquirió:

—A propósito de la infidelidad, ¿qué exige la ley?... No, en caso de aparecer yo la infiel.

—¡Ah! Entonces han de encontrarla a usted sola en su casa con alguien, y él debe estar sin americana.

—De acuerdo — aprobó Jill—. Alejandro, ¿querría quitarse la americana por mí?

—Si usted lo desea, sí, señora

Larry envió contra sus oídos un grito de rabia y unas obstinadas negativas, desoídas por Jill, tan empe-

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

hada como él en quedar en buen lugar. La discusión se prolongaba inútilmente y Jill la concluyó, declarando estar decidida a llevar a cabo aquel plan.

—¿Vas a aparecer infiel con ese individuo? — aulló Larry, y luego clavó con energía su dedo en Sebastián—. ¡"Kik"!

—¿Eh, eh? ¡Olvida usted, Baker, que ella admira a "ese individuo"? —protestó el pianista, repitiendo su gesto: ¡"Kik"!

Al conectar su índice con el estómago de Larry, éste realizó lo que hacía muchas horas que estaba ansiando. Descargó un directo fenomenal en la mandíbula de Sebastián, que cayó cuan largo era y permaneció inmóvil en el suelo, mientras Jones y Jill se precipitaban sobre él, esta última gimiendo:

—¡Eres un bruto! ¡Alejandro, Alejandro! ¡Desdichado!

—¿Desdichado? —masculló Larry—. ¡Decir que esto es un desdichado!

Entre el abogado y ella llevaron a una silla a Sebastián, que empezaba a reanimarse. La brusca conducta de Larry había despertado la completa animosidad de Jill, que se le enfrentó diciendo:

—¡Durante seis años he estado casada con un bruto sin saberlo!

¡La separación, sí; es la única solución!

—Está bien, ¿por qué no vas a Reno?

—Sí... a Reno—apoyó Jones.

—No quiero ir al Oeste—gruñó Sebastián.

Jill se inclinó sobre él muy mimosa y apesadumbrada.

—Alejandro, ¿c'mo se encuentra?

—Intacto.

—¿Por qué no establece su residencia en Pensilvania?

—¿Pensilvania? Eso es por Filadelfia, ¿no? —preguntó Sebastián, incorporándose—. No está mal. Tienen buena orquesta. Y es fácil comunicarse con Nueva York.

En vista de esta aceptación Jones buscó el Código Civil de Pensilvania, auxiliado por el anhelante Sebastián, hojeando rápidamente los artículos hasta dar con el apetecido. Larry se mordía los labios y aniquilaba con los ojos al pianista, murmurando:

—¡Desdichado!... Le costará caro todo esto a ese genio de la música.

Jones encontró el artículo de la ley adecuado a los deseos de todos y lo leyó en voz alta:

—Artículo décimo: El cónyuge inocente puede obtener la separación probando que el otro cónyuge a fuerza de crueldad y malos tratos

llega a hacer la vida intolerable y aborrecible al cónyuge inocente.

Cerró el libro y todos menearon esprobativamente la cabeza. Sebastián, que no se resentía del porrazo anterior, se unió a Jill, que contemplaba enfurecida el satisfecho cabeceo de Larry.

—Eso está muy bien—dijo éste.

—No te será difícil portarte como un bárbaro—declaró Jill.

—No, mi cónyuge inocente. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó adelantándose hacia Jones.

Jones, en un abrir y cerrar de ojos, trazó el siguiente plan. Como necesitaban un testigo de su crueldad, llamaría a su secretaria; entonces, los Baker empezarán a discutir y Larry terminaría la comedia con una bofetada...

—¿Abofetearla? ¡Oh, no! — se horrorizó Larry.

Pero esta prueba de enternecimiento no fué bien recibida por Jill.

—De modo que le pegas a un hombre, pero no te atreves con una mujer. ¡Cobarde! — le afeó la joven.

—Está bien. ¡Lo haré! — se resignó Larry.

Ensayaron todos los detalles. Cuando Jones empezara a dictarle una carta a Sally, haría chascar los dedos, señal de que la discusión te-

nía que empezar. Y en cuanto Jill dijera: "¡Estúpido, asegurador ridículo, imbécil!", Larry la abofetearía.

—Baker, no nos falle usted—le conminó Sebastián.

También ayudó el pianista a Jones en hacer acudir a Sally. No sólo la llamó, sino que la acercó una silla, colocada de manera que pudiera contemplar perfectamente la escena que iba a acontecer. Sally estudió los rostros que la rodeaban, preparó su libreta...

—A Walter K. Dovenmuehle, almacenes Dovenmuehle y Cía., Columbus, Ohio. Mi querido señor Dovenmuehle... — Jones se paró e hizo chascar sus dedos. Espere, vamos a ver.

Los Baker, al oír el sonido, se colocaron frente a frente y Jill disparó sus baterías. Claramente se percibía que estaban muy nerviosos y que su inventiva de dictarios dejaba algo que desear.

—¿De modo que no me lo quieres decir?

—¡Ah! Yo no estuve — replicó tartamudeando Larry.

—Pues mi madre te vió.

—Tu madre me está molestando demasiado.

—¿Cómo te atreves a decir eso de mi pobre madre? — se acaloró Jill.

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

Sebastián se frotaba las manos de contento. Sally había dejado de escribir y escuchaba temblorosa aquella "terrible" disputa.

—¿De tu pobre madre? ¡Oooh! —exclamó Larry.

—De modo que no me lo dices, ¿eh?

—Yo no estuve—insistió Larry.

—Pero si mi madre te vió.

—Tu madre me está molestando demasiado.

—¿Cómo te atreves a decir eso de mi pobre madre?

—¿De tu pobre madre? ¡Oooh! —repitió Larry.

Verdad era que el ingenio no ayudaba a los esposos, que caían en un círculo vicioso en su discusión, quizá por esto mismo más real. Sally pensó que estaba de más allí, escuchando los secretos conjugales de los "señores Brown" y con mucha discreción salió del despacho.

Percatándose de ello, Jones y Sebastián fueron en busca de la secretaria, dando la orden de "alto el fuego", regresaron con ella, la amonestaron convenientemente y ordenaron que ocupase su asiento anterior.

—Léame eso, hágame el favor—suplicó Jones.

—Señor Walter K. Dovenmuehle, Almacenes Dovenmuehle y Cía.,

Columbus, Ohio. Mi querido señor Dovenmuehle...

La lectura iba entreverada de azoradas miradas a los Baker. Jones emitió el consabido chasquido y se reanudó la comedia. Jill se enfrentó como una tigresa con Larry, gritando:

—¿De modo que no te gusta mi madre?

—No, no me gusta nadie de tu familia —aseguró Larry—. No me gusta tu padre, no me gusta tu hermano y, ¿sabes lo que me recuerda tu madre? ¡A tí! Eso te dará una idea de lo que pienso de tu madre.

Esta vez habían sido más originales. Jill supuso que ya había bastante, rememoró las palabras sacramentales urdidas por Jones y le espetó:

—Estúpido, asegurador ridículo, imbécil.

La bofetada no llegaba. Y repitió:

—Estúpido, asegurador ridículo, imbécil. ¡Vamos!

Larry titubeaba. No podía pegar a su mujer; no, de ninguna manera. Sebastián, muy alarmado, le sacudió por una manga y silabeó:

—¿No ha oído usted lo que le ha dicho? Estúpido, asegurador ridículo, imbécil.

Larry, completamente atontado, se alejó de ellos y entró en el cuar-

tito en donde estaba el bar, sirviéndose una copa de coñac, que apuró de golpe. Su sospechosa fuga impulsó a Sebastián a entrar en el bar y le aconsejó amistosamente:

—Vamos, de esto depende la felicidad de ustedes dos... Un buen golpe certero. ¡Ea, tómese otra copa de coñac! Ahora, duro con ella.

Lé empujó hasta Jill. Jones mandó a Sally que volviera a leer la carta. La secretaria no tuvo necesidad de hacerlo, pues se la sabía de memoria. Larry, con el cerebro algo turbio, tartajó:

—Todo lo que he dicho de tu madre lo sostengo. Y aun es poco.

—¡Ah, lo sostiene! —gritó Jill, poniéndoles por testigos—. Pues yo insisto en que eres un estúpido, un asegurador ridículo y un imbécil.

—Dilo otra vez.

—¡Estúpido, asegurador ridículo, imbécil!

Larry levantó su mano derecha, pero... cayó inerte a lo largo de su cuerpo. Giró sobre sus talones y se precipitó hacia el bar. Se escancié varias copas. Sebastián le agarró de las solapas, amonestándole:

—¡Peor! Vamos, Baker, ¿qué hace usted? No puede quedar mal... ¿Va usted a fracasar?

Cuando Larry reapareció se tambaleaba borracho y se detuvo, con marcada tristeza, a considerar de cerca a Jill. Jones ordenó a la estu-

pefacta Sally que le leyese nuevamente la carta.

—Señor Walter K. Dovenmuelle, Almacenes Dovenmuelle y Cía., Columbus, Ohio. Mi querido señor...

Larry, obligando a su voluntad con una energía suprema, dió en la mejilla de Jill un golpe con el dorso de su mano y se retiró, haciendo unas "eses" desastrosas. Mientras Jill se acariciaba la mejilla con una rara luz en los ojos, los demás exhalaban una exclamación de repugnancia y se pusieron en pie.

—¿Lo ha visto usted, señorita Aikens? Un marido que pega a su mujer—gritó Jones.

—Sí, ¿lo ha visto usted? —preguntó Sebastián.

Fueron hacia Jill, que estaba inmobilizada por algo extraordinario, y se deshicieron en excusas, que la joven no pareció escuchar. Antes bien, susurró:

—¡Ha tenido que emborracharse para hacerlo!

Se despidieron de Jones: Jill caminaba como una sonámbula, escoltada por Sebastián. Estando solo, Jones se sentó de golpe en su butaca y se cogió la cabeza entre las manos, anonadado.

—¿Qué le digo a Walter Dovenmuelle?—investigó Sally.

—¡Dígale que he salido!—suspiró Jones.

CAPITULO VIII

Y EL HIPO NO VOLVIO NUNCA MAS

Larry desayunaba en la cama del hotel, uno de cuyos departamentos tenía alquilado. Estudiaba los manjares con poco apetito y con un aspecto de mal humor evidente. De vez en cuando se pasaba la mano por la frente y exhalaba un profundo quejido, originado en lo más hondo de su ser.

Llamaron a la puerta y apareció el mayordomo de su casa, con una gran caja de cartón bajo el brazo. Vaciló al pie de la cama y examinó comprensivo el rostro de su señor.

—¿Ha pasado mala noche el señor?

—Sí. Ultimamente paso muy malas noches. Resulta que ya no soy tan joven como creía—gimió, atacando a una gran naranja.

—Yo le encuentro muy bien, señor.

—Gracias, Alberto. ¿Cómo van las cosas?

Alberto hizo una discreta mueca que vaticinaba una catástrofe.

—No muy bien, señor. He venido a verle por si podía usted utilizar mis servicios.

—¿Ha dejado usted a la señora Baker?

—Sí, señor. La dejé... a causa de ese caballero de la música. Nos hemos ido todos, excepto Emma. Pero es que ella, afortunadamente, es sorda.

Larry guardó silencio muy contento del cariz de los acontecimientos. Inmediatamente, empezó a encontrarse mejor y se le abrió el apetito. Tras de una pausa, se volvió al mayordomo, preguntando con cierto titubeo:

—¿Cómo está la señora Baker?

—Tan encantadora como siempre...

—Feliz, supongo...

—No sé cómo aguanta a ese músico... Ha llenado la casa de retratos suyos...

Sebastián atronaba la casa, aporreando el piano con una constancia y energía dignas de un pianista celeberrimo. De tarde en tarde, miraba complacido una fotografia suya colocada al lado de una de Jill. Tan absorto estaba, que no se percató de que hacia un rato Margie le estaba observando junto a él. Por último, Margie le dió un golpecito en el hombro.

—¿Dónde está la señora Baker?

La señora Baker estaba refugiada en su alcoba en vano intento de escapar de los ensordecedores ejercicios de Sebastián, pues las escalas llegaban hasta allí. Acogió a su amiga con la alegría de un marinero que, al fin, llega a puerto seguro y la hizo sentar. Su amiga no necesitó preguntarle por su salud. Jill estaba muy mejorada y al parecer tan aburrida como antes de que empezase toda aquella pesadilla.

—He visto a Larry anoche — le anunció Margie.

Jill bajó los párpados, y cuando los levantó sonreía con valentía.

—¿Has visto a Alejandro?

—Sí, pero no quise molestarle.

—Está ensayando para su concierto. ¿Acaso te molesta? — preguntó, medio levantándose y con evidente interés.

Su amiga la detuvo y Jill se acomodó en el diván muy desilusionada. Ultimamente, logró formular la pregunta que le quemaba los labios.

—Conque anoche viste a Larry, ¿eh?

—Sí... ¿eres feliz?

—Sí, sí, mucho — declaró con innecesario calor —. Claro que aun estoy un poco asustada. Todo esto es tan nuevo... Es muy interesante. Viene todos los días a verme y no me habla de negocios, sino de arte. No hay más que Bach y Tschakowsky. Es de Bach lo que está ensayando ahora... ¿De verdad no te molesta? No debes avergonzarte... Bach no le gusta a todo el mundo. De modo que si quieres que lo deje...

Margie adivinó en su gesto y en sus palabras, como en todo, un gran deseo de que Sebastián dejara de

mover sus crueles dedos. Jill estaba fatigada y ya arrepentida de aquella aventura inútil. Precisamente por eso, Margie protestó:

—Pero, Jill, ni pensarlo siquiera. Es una música tan romántica...

—Sí. Muy romántica — afirmó Jill no muy convencida y dijo: — ¿Has visto a Larry?

—Sí, sí, le vi anoche en el Montecarlo.

—¿Larry en el Montecarlo? — se asustó Jill — ¡Imagínate!... Un momento...

La interpretación de Sebastián había llegado al paroxismo del vigor. Jill, perdidos los estribos y la paciencia, abandonó la habitación. Cuando regresó acogida con una sonrisa de placer el silencio. Pero Sebastián abrió la puerta y asustando una espantosa mirada a la inocente Margie, gritó:

—¿No hago más que ruidos molestos?... Está bien. ¡Pea! — y cerró la puerta de golpe, como conviene a un hombre ofendido.

—Es muy original — le excusó Jill, que daba lástima —. Confío en que no te moleste. A veces se enfada mucho. Te gustaría verle como un oso furioso...

—Debe ser encantador... el oso — corroboró su amiga.

No pudo reanudar la conversación. La cartita de Jill se frunció

tristemente al oír que Sebastián reclamaba su presencia. Con un suspiro de desesperación y de contrariedad, que la hacía parecer sumamente infantil, fué al salón, en donde Sebastián la esperaba ofendido y apoyado en el piano. Al instante, la comunicó altivo:

—Jill, hoy no habrá más música en esta casa.

—¿No? ¿Por qué? — preguntó Jill por cortesía, aunque considerablemente aliviada.

—¡No! Aunque me lo suplique... Y no me haga chist. En realidad, se queda sin Sebastián para una semana y quizá para dos, aunque no es muy seguro.

—Bien, Sebastián, si eso le agrada...

—Desde luego, Jill. A mí hay que comprenderme o dejarme — recogió su sombrero de una silla —: ¡Adiós!

Jill entró en el dormitorio componiendo su semblante que, entre aterrorizado, perlejo y apaciguado, bien lo necesitaba. Volvió a ocupar su lugar en el diván y se refirió de lleno a la noticia que Margie, como buena amiga, se había apresurado a confiarla:

—¡Qué divertido! Confío en que el pobre Larry se divierta tanto como yo.

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

—Cuando yo le vi en el Montecarlo...

—Sí. Supongo que iba a alguna reunión de negocios. ¿Iba con señoras graves?

—No, en realidad iba con ellos una chica...

—¡Ah!—exclamó Jill, con el alma en un hilo—. ¿Y era bonita?

—No, yo creo que no. Pero Jorge y Freddie dicen que era muy guapa. Ya conoces a Jorge y a Freddie. Pero, ¿qué te importa?

Jill lanzó una carcajada en demostración de que no le importaba un comino, a la que agregó una explicación para respaldar más todavía su indiferencia. Pero, Margie que la conocía...

* * *

Larry estaba en bata en su departamento y colocaba artísticamente un bolso de señora en una mesa llena de revistas, de modo que fuera bien visible el nombre de Sally, recortado en metal y sujeto en una esquina del objeto. Dió unos pasos atrás para apreciar el conjunto ofrecido, lo cambió algunos centímetros y atendió al teléfono que en aquel instante se puso a llamar.

—Diga... Sí, señorita Aikens, lo trajeron. Creo que todavía resultará bien... ¿Qué? Sí, seguro... ¿Eh? La apariencia será perfecta y lo del Montecarlo también. "¡Seguro que vendrá!"... ¡Adiós!

Sus malas artes dejaban muy contento a Larry. Se sentó y hojeó rápidamente una revista, hasta que golpearon en la puerta. Comprobó que el bolso no se había movido, que la puerta de su dormitorio estaba entreabierta y, adoptando una apostura inocente, franqueó la entrada, como imaginaba, ¡a Jill!

—¿Me vas a echar de aquí? —preguntó cohibida y probando de avanzar.

—Jill, tú no has debido venir— le reprochó, arreglándose el batín—. Resulta un poco extraño... Si la gente llega a enterarse... Ya han hablado demasiado de nosotros. Y si se entera de que vienes aquí se va a reír hasta Sebastián. Un momento—agregó.

Jill, desafiando la risa del prójimo, habiase colado en la habitación. Larry supuso que con intenciones bastante definidas. Por consiguiente, se apresuró a cerrar ostensiblemente la puerta del dormitorio, cosa que percibió Jill, ya muerta de celos.

—Di, Jill, ¿para qué querías verme?

—¿Hay alguien más aquí?

—¿Qué es lo que quieres, Jill?

—Pasaba con el coche por aquí... mintió la joven.

—¡Ah, sí! Por el piso treinta y uno—se burló Larry.

—Como dijiste que querías algunos recuerdos y yo iba a casa de Cynthia Knox a tomar el té, y como había de pasar por aquí, he sabido para traerte unas cositas... al-

gunas fotografías que nos hicimos juntos. Creí que pudieran interesarte. ¿No las quiere, ver?

Ante su insistencia, las miró indiferente en un abrir y cerrar de ojos, poniendo a Jill a un paso del llanto.

—¿Quieres algo más?—preguntó Larry, guardándolas.

—Me han dicho que estuviste en el Montecarlo anoche—Larry bostezó y Jill preguntó—: Tienes sueño, ¿verdad?

Larry le indicó discretamente que podía marcharse, pero Jill, haciendo oídos de mercader, recorrió el departamento, al que alababa, acercándose insensiblemente a la intrigadora puerta, que Larry había cerrado con tanta precaución. Su esposo, que no la perdía de vista, llegó a tiempo para interceptarla el paso, en el instante en que iba a abrirla.

—Lo siento. Ha sido una locura. ¡Por favor, perdóname!—suplicó, retrocediendo avergonzada. Y añadió—: Larry, creo que es una equivocación.

—Yo creo que no me he equivocado — contestó él, sin necesitar confirmación de a qué se refería.

—Quieres que sigamos separados... ¡Larry, no te separes de mí, por favor!...

Larry la apartó de sí, con algún

trabajo es verdad, a fin de no echar a perder el juego, pues su estado de ánimo era pura miel. Jill había descubierto el bolso y aquello había sido una nueva espina clavada en su corazón al leer el nombre tan ostentoso de su propietaria. Larry le espetó con amargura:

—¡Ah! La señora ha cambiado de idea. Todo lo sucedido no merece la pena de recordarlo, ¿no es cierto? ¿Qué importa haber destrozado el corazón de su marido, haber roto su vida? Ella se divirtió con el arte futurista. Luego, con decir que se ha equivocado, está todo resuelto. Yo volvería a tu lado, encantado de tan graciosa broma. Y tú serías tan feliz, hasta que se presentara otra ocasión de divertirse de nuevo. No, no creas que es tan fácil todo en un momento. Sólo para decirte lo que pienso de ti, haría falta más de una tarde.

—¿Y en la cena? ¿No podríamos cenar juntos esta noche?

—Lo siento. Tengo un compromiso.

—¡Ah! ¡Esa chica! — despreció Jill.

—Sí, esa chica. Y no me gusta ese tono. Primero destrozas mi vida y ahora quieres fastidiar a esa pobre chica. Sally Aikens no puede salir cuando quiere. Trabaja mu-

cho. No es como tú, que lo sacrificas todo por un capricho. No tiene tiempo para ir a recorrer exposiciones de estúpidos pintores futuristas, ni de escuchar a músicos ridículos, ni de visitar a especialistas en psicoanálisis. Sally es una gran muchacha. No se puede comparar con el famoso Sebastián. Esa chica es mejor que tú.

—¿Mejor que yo?—gimió Jill.

—Dejemos eso—esquivó Larry y sacó las fotografías— Mira... me prometiste amor y obediencia, y mira... la primera vez que nos vimos.

Al mismo tiempo que decía esto, se iba mostrando las diferentes fotografías. Era este un hábil giro que Larry daba a la situación. Gracias a él, haría aceptable, ante aquellos recuerdos de su felicidad, el lento cambio de su opinión y el ceder a sus peticiones, sin descubrirse y sin menoscabo de su orgullo. Cuando terminó la exhibición, tal como había supuesto, Jill insistió mimosa:

—Larry, ¿por qué no cenamos juntos esta noche?

—Esta noche, no—rehusó.

—¿Por qué no?

—Sally—dijo, abriendo las manos.

—Deja que la hable yo—propuso Jill, dirigiéndose al dormitorio—

De mujer a mujer. Ma comprendo... Por favor, Larry.

Este simuló dominar su justificado amor propio, se encogió de hombros y se encaminó hacia la alcoba, en cuya puerta se paró, avisando:

—Bien, no te lo mereces, pero ya veré lo que puedo hacer. Tú quédate aquí. Esto será muy difícil...

Así que Jill estuvo sola, se arrojó sobre el bolso con la alacridad propia de una mujer celosa. Miró con desprecio su superficie y lo abrió. En el interior había una tarjeta de identidad extendida a nombre de Sally Aikens.

—Sally Aikens... Aikens... esa chica—murmuró, arrojando el bolso contra la mesa y acordándose de la secretaria de Jones.

El comportamiento de Larry había sido, en verdad, sorprendente en cuanto estuvo en el dormitorio. De un tremendo salto cayó sobre la cama y se revolcó en ella con síntomas de una alegría inmensa. La habitación estaba desierta. No había ninguna mujer en su recinto.

Pocos segundos después, un repetido alarido heló la sangre de Jill en las venas, anunciándole las tremendas dificultades que Larry hallaba en sus deseos de complacerla. Con el corazón en un puño, tendió el oído, pero esta vez solamente

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

para oír que repiqueteaban en la puerta de la entrada. Rápidamente, se escondió tras ella...

Agradeció Sally Aiken, con mucha cautela, procedente de la calle. Al ver la sala vacía, gritó:

—¡Kik!

Entonces, estimó Jill que ya podía salir y sorprender a aquella pseudo Mesalina, que tan bien apoyaba los planes malévolos de Larry. Jill estaba contentísima por comprobar que todos sus temores y sus celos resultaban infundados, pero al propio tiempo sentíase indignada de haber sido víctima de semejante jugarreta.

—¿Cómo está, señorita Aikena?

—¡Ah!... ¡Hola, señora Baker!— tartamudeó avergonzada.

—Me alegro de verla. El señor Baker quería haberla hablado, pero está ahora muy ocupado...—aseguró, indicando la alcoba, de donde brotaba un alarido—. Me dijo que le devolviese yo su bolso.

Fué en busca de él y empujó a la transtornada secretaria hacia la salida. Sally estérilmente quiso llevar la simulación más adelante:

—Sí, lo olvidé aquí. Es que... desde hace unos días trabajo como secretaria del señor Baker.

—¿Y trabaja usted los sábados por la noche?

—Sí, es que... Es que tenemos correspondencia urgente.

—¡Ah, ya! Y traía usted el sello, claro...

Apenas Sally se hubo marchado y vuelto Jill a su primitivo lugar, apareció Larry en un estado desastroso: despeinado, temblando, espantado.

—No hay nada que hacer—anunció, como abrumado por su impotencia—. Es mucho más serio de lo que imaginaba. Esa chica está enamorada de mí. Me adora. Dice que no puede vivir sin mí. Y yo la creo.

—Y yo también. Es comprensible. Tú eres maravilloso.

Larry quiso disimular el placer que experimentaba al escuchar esta frase de su esposa, la cual tornó a insistir sobre cenar juntos. Larry se encogió de hombros, abrumado:

—Ya sabes que no puedo.

—¿Y después de la cena?

—¿Quieres tener un remordimiento sobre tu conciencia?

—Tienes razón. No hay nada que hacer—convino Jill.

Se arregló el sombrero y recogió su bolso y sus guantes. Larry se le acercó como contrariado por el obstáculo representado por Sally. Jill no se había divertido tanto desde que se casara y esperó una nueva frase de su esposo, que, en efecto, dijo:

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

—Es lástima, Jill. Podía haber sido todo tan hermoso... No había razón para que no siguiésemos siendo felices.

—Sí. Pero ya es demasiado tarde. Creo que es el fin. ¡Adiós, Larry, y buena suerte!

—Buena suerte.

Pero Jill, en lugar de apartarse de él, se le aproximó, le puso las manos sobre los hombros y le ofreció sus labios... Medio minuto más tarde, Larry salía de su gloria y se precipitaba hacia la puerta del dormitorio, asegurando muy decidido:

—Hablaré con ella otra vez.

• • •

En la morada de los Baker reinaba un perfecto silencio. Serían las once de la noche. El ambiente era tan sereno como un lago bajo la luna. Una mano nerviosa pulsó con impaciencia el timbre. La doncella corrió a la puerta envuelta en un albornoz y dió paso al intempestivo visitante.

Este era Alejandro Sebastián, tocado por un amarillento sombrero de paja, que depositó sobre una silla del vestíbulo. Muy excitado, preguntó:

—¿Está en casa la señora Baker?

—Sí.

—No se moleste—la despidió.

Sin el menor titubeo corrió al piano y pulsó varios acordes estre-

pitosos durante unos segundos. Poco después, su fuerte voz se elevaba clamando:

—¿Sabes, Jill, quién ha vuelto? Es Wotán, el dios de los dioses, que vuelve a la tierra.

Hubo una pausa. Sebastián observó la puerta de la alcoba... cuyo pomo... giraba.

¡Y salió Larry envuelto en un batín! Con su ordinaria sangre fría se dirigió al tonitronante pianista y le suplicó en voz baja y lenta:

—No moleste, haga el favor.

Con mucha pausa, regresó a la alcoba y cerróla sin ruido. Sebastián se quedó boquiabierto. Su maravilla era superior a su credulidad de genio. Pero no había acabado

LO QUE PIENSAN LAS MUJERES

aquí todo. Respareció Larry, que depositó al pie de la entrada una fotografía de Sebastián, se aplicó el dedo en los labios, en demanda de silencio y desapareció definitivamente.

—¡Feo!— rugió el genio incomprendido.

Con un gran arrebató, recogió la

fotografía expulsada de la alcoba, sacó otra de un marco doble, en donde hacía compañía a una de Jill, recuperó dos o tres más colgadas en las paredes, amontonó sus partituras y, últimamente, antes de partir escapado, desclavó su "retrato". Luego, dió un portazo...

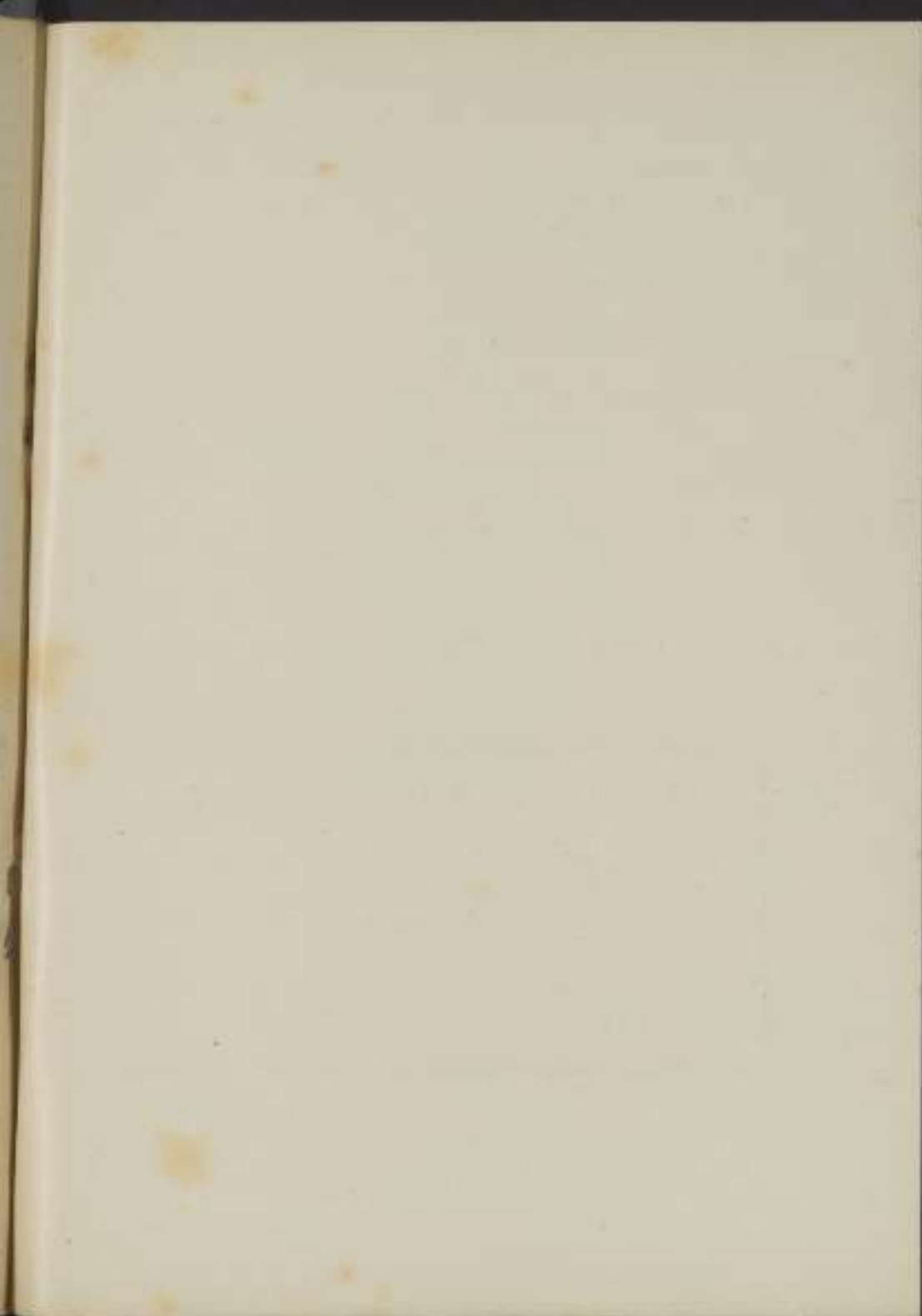
Y el hipo no volvió nunca más.

FIN

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona





Editorial, Imp. M. PELICER
Manacor, 111-Teléfono 78132